LUCIEN ROMIER

11(700-25)

SI EL CAPITALISMO DESAPARECIERA

CONTENIDO

PROLOGO: ¿REFORMA DE LAS COSAS O REFORMA DE LOS HOMBRES? — I. —UNA REVOLUCION BASADA EN FALSO: EL ANTIGUO CAPITALISMO. — EL CAPITALISMO DE LOS PAISES NUEVOS —LA ESPECULACION GENERALIZADA. — EL FALSO EQUILIBRIO. —II. — EL IMPOSIBLE EQUILIBRIO: LA IMPREVISION. — ALZA DE PRECIOS — DESORDEN DE LA DISTRIBUCION.— PARASITISMO POLITICO Y SOCIAL. — RUPTURA DE LOS MERCADOS AGRICOLAS. —III. —EN ACTITUD DE ABDICAR: RECURRIENDO AL NACIONALISMO. — DEL ESTATISMO AL SOCIALISMO. — HACIA LAS DICTADURAS. — IV. — MORAL: FALTA DE PREVISION GENERAL. —DESACUERDO DE LA POLITICA Y DE LA ECONOMIA. — LOS INTERESES PARTICULARES Y EL INTERES GENERAL. — V. —LOS PERITOS. — ABUSO DE LAS PREOCUPACIONES CONCRETAS. — LLAMADO A LOS REPRESENTANTES DEL ESPIRITU. — V. — UNA EDUCACION FRUSTRADA. — VI. — SI EL CAPITALISMO DESAPARECIERA.

DR

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

Biblioteca
Ercilla
Vol. XXXIII

LUCIEN ROMIER

SI EL CAPITALISMO DESAPARECIERA

Traducido especialmente para la
EDITORIAL ERCILLA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

BIBLIOTECA ERCILLA
XXXIII
SANTIAGO DE CHILE
1934

PROLOGO

¿Reforma de las cosas o reforma de los hombres?

El hombre moderno tiene una manía peligrosa. Cree que el bien y el mal residen en las cosas y no en los actos.

Conforme a dicha creencia, descargamos nuestra responsabilidad en nuestros instrumentos o en nuestros métodos, como si no dependieran éstos de nuestro albedrío, es decir de nuestras previsiones, las que a su vez obedecen a nuestras ideas generales, a nuestras inclinaciones y pasiones, en una palabra, a aquella particular filosofía que guía cotidianamente nuestros pasos, a menudo sin que nosotros mismos lo sepamos.

El bien y el mal no residen en las cosas, sino en los hombres.

Nuestro siglo es especialista en procesos a base de fórmulas. Es verdad que en todos los tiempos se ha combatido en pro o en contra de determinadas fórmulas. Péro antaño se ponía un límite al perjuicio. Por lo menos, las fórmulas sólo interesaban a un corto número de personas. En nuestros días, dirigidos y dirigentes no tienen sino una sola manera de pensar; todos piensan, por decirlo así, en "ismo".

Entre muchos otros procesos concernientes a palabras en "ismo", se ha entablado un proceso al capitalismo.

Nadie ha visto al capitalismo en carne y hueso. Es más, nadie sabe con certeza cómo distinguirlo, en la práctica, de su contrario. Así, por ejemplo, ¿por qué razón Mussolini, después de haber eliminado el libre juego de los intereses privados en Italia, es tenido por un héroe del régimen capitalista, mientras Mr. Mac Donald, primer ministro del Reino Unido, que no se atrevería a alzar un dedo contra la ciudad

de Londres o el Banco de Inglaterra, sigue pasando, entre las clases pudientes, por socialista?

No existe el capitalismo en el sentido de una doctrina. Existen procedimientos universales de los cuales se echa mano para desarrollar los cambios por medio de la circulación del capital.

Pero, cada hombre, cada pueblo emplea estos procedimientos de acuerdo con su temperamento y su filosofía de la vida.

Para considerar dos casos extremos, un norteamericano y un capitalista francés, emplean en forma absolutamente diferente los medios de acción que les ofrece lo que hemos dado en llamar capitalismo. Si triunfan o fracasan, no es el capitalismo sino la filosofía práctica que los mueve la que fracasa o triunfa.

El norteamericano piensa constantemente que el porvenir será mejor. Este pensamiento le hace aventurero, pródigo y despreocupado del riesgo, caracteres distintivos de la edad moza. Por lo que hace al francés, dominado por la larga influencia del pasado, tiene los reflejos del anciano: está en perpetuo temor de perder lo que posee, trabaja lenta y prudentemente, con exagerada previsión...

En el Oriente se nos ofrecería otra especie de capitalistas; capitalistas que no trabajan jamás ni arriesgan nada, pero que tienen la mano pronta para lo que la ocasión pone a su alcance: otro temperamento, otra filosofía, lo que no impide que los orientales sepan emplear el cheque tan bien como los franceses e ingleses, y dar órdenes de Bolsa...

Esta manía de sustituir la responsabilidad social o personal por la vana responsabilidad de las fórmulas y de las cosas, nos conduce al completo desorden, pues con el pretexto de dirigir las cosas se omite la dirección de los hombres.

Antaño un individuo que administrara mal sus negocios no constituía una amenaza sino para sí mismo. La solidaridad económica era débil y dispersa. En nuestros días la locura o la avidez de unos pocos condena a la miseria a millones de seres. Según esto, parece necesario corregir o vigilar

en algún grado la moralidad de los responsables: darles la educación que necesitan o aplicarles una sanción. Pero nadie se inquieta por la responsabilidad de los hombres. Lo que se pretente dirigir es la materia, la economía, como si la materia, la economía pudiera ser prudente, previsora y penetrada de las responsabilidades.

Sucede así que la economía tiene todas las apariencias de un sistema erigido para evitar que los culpables no sólo no expíen su falta sino aún para que no lleguen jamás a comprenderla. En el hecho, los intereses que con mayor facilidad se parapetan detrás de las fórmulas de dirección económica son los intereses abusivos o los intereses comprometidos por la imprevisión: buscan en ellas un refugio precisamente para escapar a las sanciones.

Reformar las cosas sin reformar a los hombres es la antípoda de un pensamiento director, es el orden entregado al desorden, la previsión sacrificada a la imprevisión, la prudencia a la demagogia.

Las páginas que vienen en seguida, no han sido concebidas con ánimo de acusar a persona alguna, sino para mostrar la participación de los móviles humanos en la concatenación de los errores de conducta que desde hace cuatro años expía tan duramente la civilización llamada capitalista.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

I

UNA EVOLUCION BASADA EN FALSO

Hasta 1914, la Europa moderna se caracterizó, tanto en su estructura económica como en el equilibrio de sus operaciones financieras, por el predominio de los capitales personales o familiares sobre los capitales anónimos o colectivos. Las iniciativas, el trabajo y la riqueza extraían sus recursos del ahorro más que del crédito. Por lo menos, el crédito no tenía otra fuente que el ahorro.

La mayor parte de los capitales europeos permanecían dispersos, no concentrados. Cada empresa, cada fortuna obedecía a una gestión relativamente independiente, con probabilidades y responsabilidades que en nada afectaban a la suerte de las otras empresas o fortunas.

El cuadro material y espiritual de la sociedad era anterior al progreso social; aquél determinaba a éste, lo favorecía y sostenía proporcionalmente a los medios dejados disponibles por el esfuerzo de cada generación. El hombre adaptaba este cuadro espiritual o material a sus nuevas necesidades y conquistas. Pero el cuadro — educación, leyes, normas de vida, costumbres, ahorro y aun noción del trabajo y de la riqueza — no era un producto de lo que llamamos el progreso. Era su causa.

El europeo se consideraba superior por la noción que tenía respecto a las razones de su esfuerzo aun antes de aplicar este esfuerzo a un determinado caso práctico.

Prioridad, preeminencia e independencia relativas de la tradición o de los fines sociales respecto a las vicisitudes materiales; preexistencia de un ahorro adquirido, autóctono, personal o familiar, a toda iniciativa tendiente a un progreso; individualismo de las iniciativas, de las fortunas y de las res-

ponsabilidades económicas: tales eran en resumen los caracteres de la energía europea antes de la guerra.

Lo dicho quiere decir que en la ciega mecánica de los encadenamientos económicos se ejercía un control moral que encontraba su apoyo no sólo en la tradición colectiva sino también en la cultura y en el ideal individuales. La tradición proporcionaba a la vez el motor y el freno, mientras el sentido de la responsabilidad personal de cada actor daba la necesaria prudencia, fuente de la mesura.

De este modo las principales y más viejas naciones de Europa parecían en lo posible a resguardo de los dos naturales riesgos que amenazan constantemente a las civilizaciones: el riesgo de abandonarse, sin fuerzas morales para reaccionar, a los embates físicos y a los accidentes materiales del medio; el riesgo de no poder ya someter a normas, por falta de libertad o altura de miras, las transformaciones sociales que resultan inevitablemente de las transformaciones económicas. El capitalismo se estimaba por sí mismo fuerte. No lo era sino por el control espiritual que subsistía en él y en su ambiente.

La cuestión del momento — cuestión harto menos simple de lo que ordinariamente se cree — es saber de que modo ha llegado a desaparecer este control para ceder el paso a toda suerte de trastorno en la sociedad de los hombres.

1.—*El antiguo capitalismo*

Sin duda mucho antes de la guerra Europa conocía ya las agrupaciones de los capitales, los sindicatos de banqueros, las coaliciones industriales y de comerciantes, las combinaciones de toda suerte de cálculos. Sabía ya de gran número de sociedades anónimas. Conocía ciertas empresas como los ferrocarriles, cuya amplitud hacía necesariamente solidarios de una misma gestión el interés público y los intereses privados actuantes.

A despecho de lo cual, después de un siglo de prodigioso desarrollo de las actividades y de la riqueza, esas actividades y esas riquezas permanecían sometidas al predominio de la iniciativa, del esfuerzo y del ahorro individuales. Las agrupaciones de los capitales o los consorcios de intereses bien podían ya despertar algún recelo en las multitudes por el mismo carácter de excepción que involucraban. Pero el poder de los capitales sindicados y de los bancos no representaban sino una parte relativamente restringida del poderío del capitalismo. El capitalismo era sobre todo una multitud de fortunas y de empresas independientes.

Los jefes de la industria, del comercio y de la banca, los mismos que en la práctica tendían a la adopción de aquellos procedimientos que favorecerían la concentración de los capitales, no cesaban de manifestar una actitud de beligerante abnegación por los principios del individualismo económico. Sabían poner de manifiesto los beneficios de este régimen frente a los perjuicios del estatismo y del colectivismo. Eran sinceros, a pesar de que a menudo confundieran en su pensamiento el prestigio del individualismo con la libertad de sacar partido de las situaciones privilegiadas, comprendiendo entre éstas aquellas situaciones que en el fondo eran

lisa y llanamente monopolios. Ni sus mismos adversarios, los socialistas, que desde largo tiempo venían anunciando que el colectivismo sucedería a la concentración de los capitales, lograban apartar a los trabajadores de la preocupación por los intereses individuales e inmediatos.

Este individualismo parecía constituir sobre todo el carácter innato de la agricultura europea, si exceptuamos los dominios feudales de la Europa oriental. Propietario o explotador, el trabajador de la tierra se caracterizaba por su celoso temperamento y su espíritu de hosca independencia. Desconfiaba de su vecino más que le buscaba. La única alianza que se conocía en el campo era el matrimonio. ¡Y también éste era cuestión que exigía examen! El terrateniente quería saberse único dueño de lo que producía y de lo que vendía, de la manera de producirlo y de venderlo. Entre el mercado y la calceta, los ingresos de la agricultura eran el secreto del hombre de la tierra.

Salvo excepciones, también en el comercio y en la industria sobrevivía el individualismo. Sin duda, que la publicidad había familiarizado a todo el mundo con los nombres de las grandes casas comerciales y de ciertas empresas y bancos que parecían tener bajo su dependencia a los patrones. Pero, en la realidad, aquellos patronos, todos individualistas a carta cabal, fueran poderosos, medianos o pequeños, constituían la fuerza y el número. Trabajaban sus capitales, a menudo personales o familiares, con amplia libertad.

No obstante, el grado de libertad de los capitales del comercio y de la industria, variaba de una nación a otra. En Alemania, las necesidades del crédito habían creado lazos entre la banca, la industria y el comercio. En Francia, en cambio, el comercio y la industria permanecían enteramente independientes de la banca.

El carácter tradicionalmente individualista de la economía europea y la dispersión de los capitales que de ello resultaba traían de la mano al mismo tiempo ventajas e inconvenientes. Las ventajas consolidaban el espíritu conservador

en la sociedad; los inconvenientes fomentaban el espíritu de reforma y a menudo el de revuelta. La principal ventaja en el orden económico era que éste individualismo daba gran elasticidad al sistema de producción y obligaba a los productores a una vigilante moderación.

El industrial o el comerciante invertía su propio dinero, el de sus allegados o parientes o el de sus comanditarios, que él conocía y que le conocían; aquél era dinero ganado, dicho de otro modo, fruto de un ahorro efectivo y del cual él se sentía directamente responsable. Esta responsabilidad ponía barreras a su iniciativa, aunque la sanción que le esperaba fuera sólo de orden moral o social. Sabía que el capital de que podía echar mano era limitado; también sabía que él sería el primero en sufrir las más duras consecuencias de una pérdida. De este convencimiento provenía cierta flojedad de ánimo de empresa, pero al mismo tiempo, una infinita variedad de empresas, puesto que cada una de ellas traducía posibilidades y capacidades particulares.

Salvo excepciones — las excepciones estaban constituídas, sobre todo, por los proveedores del Estado, de los servicios públicos y del ejército — jamás podía verse al capital privado invertido en gigantescos instrumentales, rígidos y económicamente vulnerables en razón de su misma rigidez, y es más, gravosos para el progreso a causa de la lentitud de su amortización. Sólo las grandes usinas estaban organizadas para responder a los pedidos regulares y de antemano seguros de las colectividades oficiales y de los ferrocarriles. Toda industria que debiera luchar día a día en el mercado libre, mantenía la necesaria medida y la soltura para adaptarse constantemente a las alternativas de la competencia y del consumo.

En caso de crisis, el individualismo de los capitales ponía un dique a la solidaridad de las quiebras. En tiempos normales, favorecía la emulación en las investigaciones ingeniosas respecto a la calidad y al precio de las mercaderías.

Cada fabricante de paños tenía sus tejidos, como cada huerto sus manzanas.

Pero el individualismo de la iniciativa y la dispersión de los capitales ofrecían también serios inconvenientes tanto er el orden económico como en el social. Desde luego, la len-titud de la evolución colectiva, por el hecho de obedecer el progreso no a determinadas previsiones coordinadas confor-me a vastos planes, sino a una multitud de impulsos parti-culares, fraccionados y a menudo incoherentes. En seguida, el exceso de la estabilidad de los medios de existencia, y en consecuencia la limitación de las posibilidades de vida o de fortuna para la masa humana en veloz acrecentamiento: lo que explica la expansión colonial europea, luego el malestar social y por último la decadencia de la natalidad en los paí-ses viejos.

En una palabra, el capitalismo individual, carácter dis-tintivo de la antigua Europa, cimentaba una civilización que hubiera podido creerse en eterno equilibrio: tradicionalista y creadora a la vez, preocupada en un mismo esfuerzo por las precauciones y la originalidad. En ella, los cambios de for-tuna eran lentos cuando no raros, las especulaciones descabe-lladas, punto menos que imposibles. No pesaba sobre ella otro riesgo violento que el peligro bélico. Fluye de allí que era aquélla una civilización cimentada en la doble noción de es-tabilidad y de seguridad, con un margen considerable de re-servas de tiempo y de dinero que era dable emplear en los re-finamientos del espíritu.

A decir verdad, esta civilización sólo poseía la aparien-cia de estar en equilibrio. No había tomado en cuenta el creci-miento realmente inaudito de los seres humanos. No había caído en la cuenta de que el rápido aumento de la población humana, y ante todo de la europea, vendría a crear en la sociedad un excedente igualmente creciente de gente para la cual la estabilidad social no tendría los caracteres de una ga-rantía sino de una valla para el estallido de sus posibilidades personales. Era esta civilización lo bastante desenvuelta para absorber en dosis mínimas el excedente de la población, pero estaba organizada para absorberla en grandes dosis. Son es-tos excedentes los que indirectamente han dado esta nueva

orientación al capitalismo y los que determinan su destino futuro. Son estos excedentes de la población europea los que, al emigrar a los pueblos de ultramar, han creado en ellos una forma no ya individual del capitalismo sino una colectiva, y han dado al traste con el equilibrio de la actividad universal. Son, por último, estos excedentes de la población europea los que han logrado poco a poco, y hasta en la misma Europa, poner en fuga al capitalismo individual en pro del capitalismo colectivo y abrir la puerta cada vez más ampliamente al socialismo, socialismo parlamentario o socialismo dictatorial.

Se comprende que nosotros no podríamos apoyar ni siquiera con subentendidos a quienes pretenden explicar los actuales trastornos invocando el exceso de la natalidad. Pero también compréndase que física y moralmente es imposible separar la suerte de una civilización de las condiciones de existencia de la masa que ella sustenta. Por haber preferido esta concatenación de la suerte de una civilización respecto al destino de sus hombres, o más bien por no haber previsto a tiempo las necesidades de un reajuste, el capitalismo se ha visto arrastrado bruscamente a improvisar soluciones de azar, de mínimo esfuerzo y de aventura. Esa es la causa profunda de los actuales vaivenes. Si se quiere salvar y renovar el capitalismo, se impone comenzar por no desconocerla.

Los excedentes de población forman parte de los orígenes de casi todos los grandes cambios de equilibrio de las sociedades humanas a través de la historia. De ellos fluyen guerras, revoluciones, emigraciones, cambios de influencias o de poderío, desviaciones de intercambios materiales o espirituales. Los excedentes de población aparecen crónicamente, en aquellas zonas de la tierra en que la naturaleza no se ha mostrado demasiado severa, en cuanto las costumbres y la vigilancia social protegen a la familia. Aparecen tanto en los países ricos como en los pobres, siempre que en estos últimos la situación, por mejorarse poco a poco, prometa nuevas posibilidades de ocupación eventual para el niño que nazca. Precisamente en aquellos países en que el orden sucede brusca-

mente a un largo período de inseguridad y con ello aumentan considerablemente las posibilidades para el hombre, la población rebasa velozmente el marco inmediato de los medios de existencia disponibles... A partir del siglo XV, Europa no se ha dado reposo en enviar al exterior sus excedentes de población, los que, provistos del ideal y de la ciencia de la primera patria, han "civilizado" una parte del orbe.

Hasta el último tercio del siglo XIX, los países de ultramar adquirieron valor por el esfuerzo de los colonos y emigrantes, según las tradiciones y costumbres europeas exactamente adaptadas o copiadas. Los primeros colonos argelinos vivían y pensaban como los rústicos de Francia. De igual modo, los españoles o los ingleses de América tienen semejanza de hermanos con los españoles o los ingleses de Europa.

Esta emigración de fines del siglo XIX y de principios del XX, al acelerar brutalmente el ritmo de la valorización de los países de ultramar, ha concebido allí un nuevo capitalismo, de estructura totalmente diferente a la rancia estructura del capitalismo europeo.

II.—El capitalismo de los países nuevos

Por definición, un país nuevo no tiene ahorro. Para fundar las primeras instalaciones y luego desarrollarlas se hace, pues, necesario importarlas a ellos, o como se dice, invertir capitales del exterior. De este modo, mientras el capitalismo de los países viejos se basa en la riqueza adquirida, el capitalismo de los países jóvenes procede desde sus comienzos de una especulación y postula en consecuencia la esperanza de una rápida utilidad.

Antaño la importación de los capitales a los países de ultramar era realizada por las compañías de comercio colonial y por los inmigrantes y colonos que llegaban a ellos con su peculio personal. Esta colonización, por el aporte de capitales individuales, ha producido en el mundo tan sólidas ins-

tituciones que no hay crisis que pueda conmover sus bases, y lejos de romper el equilibrio general de los cambios o perjudicar la expansión de los intereses europeos, consolida las bases permanentes de nuestra civilización. Entre las más sólidas citemos el Canadá francés, Nueva Inglaterra y el Africa de los Boers.

Pero desde hace unos cincuenta años, debido en parte a la afluencia de nuevas emigraciones, y en parte a las especulaciones de empresas europeas en busca de inversiones fructuosas, de fuentes de materias primas o de mercados para sus productos, la valoración de los países de ultramar se debe menos a la importación de capitales individuales que a los capitales bancarios, concentrados o anónimos, desde que éstos han empezado a actuar. Sucede así que casi toda la trabazón económica de los países no europeos, cuya explotación no remonta a más de un medio siglo, se basa en las fórmulas de crédito especulativo o de inversión previa, concebidas dentro del marco de las operaciones bancarias y en beneficio del capitalismo individual. Equivale a decir que en ellos las preocupaciones de índole financiera no debían sólo determinar los métodos de producción o de venta, sino también la misma evolución social.

La influencia del capital especulador en el aspecto externo de la actividad humana, en el espíritu y las costumbres de los hombres, difiere grandemente de la influencia del capitalismo de ahorro.

En las naciones que ahorran, o de rancia fortuna, los capitales constituyen una riqueza adquirida que existe por sí misma antes de que se piense en hacerla fructificar. En aquellas naciones, de las cuales Francia puede pasar aún por notorio ejemplo, la gestión de los capitales obedece a un doble reflejo que modela las costumbres: la rebusca de la inversión estable y el temor del riesgo.

En los países nuevos sin ahorro, y donde urge la inversión de la riqueza, lejos de representar una fortuna adquirida, los capitales son una primera puesta pedida en préstamo al extranjero. Como el juego reposa en el riesgo, y el bene-

ficio eventual se calcula precisamente en proporción al riesgo, el reflejo consistirá en acelerar el juego para extraer cuanto antes la primera puesta, y con ella la utilidad, la que luego servirá de puesta por haberse ya reembolsado la primera inversión. Si se retarda el juego o se le aminora, los capitales en préstamo se hacen gravosos, ya que éstos sólo pueden ser servidos mediante el juego. Este reflejo de aceleración forma la base de la psicología de los países nuevos: es a la vez su debilidad y su fuerza.

Sucede así que cuando las ganancias parecen prometer irse doblando, cuando los recursos naturales abundan, y crecen las posibilidades de actividad por las inmigraciones de adultos, el equipo de los países jóvenes no encuentra ya su medida en las necesidades inmediatas. Se extiende a las necesidades futuras que es dable prever. El capital especulativo tiene prisa en provocar estas necesidades futuras a fin de explotarlas. Desde ese momento, los anticipos de créditos y la instalación de instrumentales anuncian la llegada de inmigrantes, apresuran el nacimiento de las ciudades y determinan los mercados. En nuestros días, ya no es la sociedad humana, como la Europa de otros tiempos, la que elabora su propio cuadro material; es el cuadro material, engendro de la especulación del capitalismo impersonal, el que impone su sujeción y norma (*standard*) a la sociedad en gestación.

Tal parece ser la causa de un fenómeno social que el observador ha comprobado particularmente en los Estados Unidos, pero que no es menos visible, aunque en grado diverso, en todos los países nuevos: la uniformación de la vida colectiva y la supresión rápida del tipo individual entre los inmigrantes. No sólo la evolución económica sigue, pues, el trazado — bueno o malo — que los gerentes del capital especulador le han designado; el hombre mismo, para ser admitido en el cuadro social, debe adaptar su ser al molde de una civilización cuyo primer designio no fué más que un simple cálculo financiero.

La apresurada valoración de los países de ultramar ha engendrado en ellos, desde fines del siglo XIX, una especie

de capitalismo colectivo, opuesto al capitalismo individual que sobrevivía en Europa en el mismo tiempo. Capitalismo colectivo, decimos, mas no porque haya sido obra de la sociedad humana, antes por el contrario, porque las colectividades quedaban de antemano sometidas cabalmente a una armadura preestablecida, para el trabajo, las necesidades y placeres de cada uno de sus miembros.

Mucho antes de la guerra de 1914, el capitalismo de ultramar había dado muestras de violentas crisis y evidenciado un aspecto de general inestabilidad. Desde largo tiempo, en los países nuevos, el capital especulador daba en construir demasiado a prisa y en grande escala, como afectado por aquella particular embriaguez que invade al europeo, por venir de un continente estrecho, a la vista de los terrenos baldíos. Ya en América, como en otras partes, se hacía sentir un irresistible impulso hacia la inversión apresurada y al equipamiento desproporcionado o prematuro.

Por lo menos el equilibrio básico subsistía en la estructura general del capitalismo universal. Europa siguió produciendo y exportando hombres, ahorros y productos manufacturados; los países nuevos le devolvían productos exóticos, materias primas e intereses. La riqueza de estos países jóvenes quedaba sometida a la oscilación de los éxitos y fracasos del capitalismo local; pero oscilaba siempre en el interior de la misma función económica, función complementaria y en modo alguno rival de la función económica de Europa.

Esto explica que a pesar de las caídas y quiebras, la audacia deparara a los lejanos iniciadores de la aventura capitalista más utilidades que pérdidas. Los primeros años del siglo XX confirmaron en el Nuevo Mundo el triunfo de los que dieron en llamar "los grandes animales de presa". El banquete de los leones en la pradera que aún quedaba por desmontar, dejaba opulentas sobras a la turbamulta de inmigrantes que llegaban de Irlanda, de la Europa Oriental, de los Balcanes y del Sur de Italia. Como un benefactor, el ca-

pitalismo de especulación recogía a la miserable gente que no había logrado hallar albergue en el capitalismo de ahorro de la vieja Europa...

III. — *La especulación generalizada*

La guerra y sus consecuencias inmediatas han modificado brutalmente las relaciones de cambio entre las dos formas externas del capitalismo. Ampliaron y aceleraron, como en virtud de un conjuro, el ritmo de empresa del capitalismo de ultramar. Cambiaron también la naturaleza del capitalismo europeo mediante la substitución, en la economía continental, del predominio de los capitales de ahorro, individuales y dispersos, por el predominio de los capitales bancarios, concentrados y anónimos.

Por una parte, para colmar los déficit de la producción europea, los países nuevos montaron un prodigioso tren de fábrica que al término de la guerra debería necesariamente transformarse en un tren de competencia. Europa, por otra parte, tras haber agotado sus reservas de ahorro en la guerra, se vió urgida a reconstituir sus medios de producción y su tren de fábrica mediante los mismos procedimientos que habían servido para equipar a los países de ultramar, la importación de capitales — sobre todo de capitales americanos — y los grandes empréstitos, por la anónima mediación de los bancos, todo lo cual trajo de la mano una verdadera fiebre de especulaciones bursátiles.

De este modo, la actividad económica del mundo entero o poco menos, si exceptuamos la agricultura campesina, no así la mecanizada, quedó sujeta a la concentración de los capitales y a los métodos bancarios.

¿Acaso había modo de evitar esta sujeción? Veremos que no era posible. ¿Y ha reportado beneficios? Hemos de comprobar que sí. Queda por considerar que ella introdujo en la evolución del capitalismo, ciertos fenómenos nuevos, no sólo de orden económico y técnico, sino también de carácter psicológico y moral, los que, por no haber sido reconocidos a

tiempo, han llevado a nuestra civilización a un callejón sin salida. Y no parece posible que de él pueda salir tan fácilmente, aun en el caso de producirse una vuelta temporal a los negocios, sin la necesaria intervención de un espíritu previsor con más altura de miras que la ley de las ganancias.

Antaño se hablaba poco de los bancos. El comercio de créditos exige discreción, en razón de la misma seguridad de sus clientes... Pero desde hace unos 15 años, se habla constantemente de ellos. Sus jefes han llegado a ser para la imaginación de las multitudes una especie de Olimpo que preside la actividad general. Y no parece sino que de este Olimpo la misma fortuna recibe órdenes para distribuir entre los mortales el trabajo, la esperanza y las oportunidades. La súbita propaganda que se hizo por modo tan repentino respecto al papel que ahora desempeñan los bancos, desagradó sin duda a los más antiguos de ellos.

Pero sirvió también para lanzar a los nuevos, que por entonces pululaban. No se citó ya negocio, empresa, ni "valor" alguno sin que al mismo tiempo se citara el banco o el grupo bancario que estaba a sus espaldas.

Para decir verdad, si la opinión pública se vió llevada a exagerar el poder atribuído a los bancos hasta considerarlo soberano, es porque en efecto la guerra y sus consecuencias habían puesto bajo la inmediata dependencia bancaria a la mayor parte de los estados, colectividades y negocios privados. ¿Acaso los bancos no habían asegurado, mediante su concurso directo o indirecto, el funcionamiento de las tesorerías de los Estados durante la guerra y después de ella? ¿No habían "colocado" la serie sin precedente de empréstitos públicos mediante los cuales fué posible movilizar los ahorros en beneficio del esfuerzo bélico? ¿Y no habían adelantado a las regiones damnificadas de Europa las sumas necesarias para reparar las ruinas? Evidentemente, todo esto no dejaba de ser meritorio. Pero también traía consigo, para no hablar de las utilidades, el acrecentamiento cada vez mayor del prestigio y de la influencia bancarios tanto en el ámbito de la nación como el campo internacional.

La guerra con sus inmensas necesidades, y luego las ne-

cesidades apenas menores que dejó tras ella, ofrecieron a la industria de todos los países un mercado cuya capacidad de absorción sobrepasaba en mucho a la capacidad de producción de las maquinarias existentes y de las de que aun podía disponerse.

Interesó entonces a los antiguos industriales duplicar, triplicar y hasta cuadruplicar sus instalaciones. Los innumerables industriales nuevos se vieron estimulados a probar suerte.

Pero ¿dónde encontrar en tan corto espacio los medios para construir las usinas, pagar las máquinas, acumular los surtidos de materias primas extremadamente costosas; dónde encontrar todo esto, sin recurrir a los bancos? Para responder a las incesantes demandas de crédito y a sus estupendos compromisos, los banqueros se vieron en la necesidad de ampliar sus funciones y controles y apresurar al mismo tiempo la concentración de capitales para consolidar las bases permanentes de sus actividades.

Luego las dificultades monetarias vinieron a introducir el trastorno en la contabilidad de todas las empresas y comercios. Urgió entonces modificar el capital de las sociedades, aumentar los fondos de gastos corrientes, dar nueva forma al volumen y equilibrio de las tesorerías privadas. Con ello fué otra vez preciso recurrir a los bancos, los que, de grado o por fuerza, penetraron aún más en la gestión de los negocios que debían sostener o reanimar.

Y por fin, el espíritu de especulación, favorecido en un principio por la irregularidad de los aprovisionamientos y de los cambios, soliviantado luego por el desorden de las monedas y de los precios, se sirvió de los medios técnicos que le ofrecían los bancos. La clientela de especuladores llegó a ser tan numerosa que en todas partes, empezaron a surgir, a cada instante, las más variadas especies de establecimientos bancarios. Al mismo tiempo los títulos que representaban a los capitales de la industria y del comercio eran objeto de operaciones bursátiles cada vez más vastas, sin tender a otro interés que a las "diferencias" de las operaciones. Ciertos bancos se habituaron luego a considerar todo negocio como un

pretexto u ocasión para la colocación de papeles, especulando en el plazo de un día con el alza y la baja de los títulos...

Diez años después de la guerra, el capital de ahorro, cuando no destruído, aparecía ahora como sumergido por el capital especulador, solidario de los riesgos de este último e imposibilitado para defenderse, bajo la gestión prácticamente irresponsable de la concentración de intereses anónimos.

La mayor parte de la economía europea obedecía al mismo temerario ritmo económico de los países nuevos. El capitalismo europeo no se apoyaba ya en la riqueza adquirida y en la previsión individual. De idéntico modo que el capitalismo de ultramar, corría tras la ocasión. Se había apartado de la filosofía del "ser" por la del "devenir". Naturalmente, la intensidad de este proceso varió según las tradiciones o las condiciones de cada país. El industrialismo artificial y el sometimiento de la actividad económica a los créditos bancarios se hicieron sentir con más rigor en los países excesivamente poblados y desprovistos de ahorros, en los países en que la inflación monetaria había hecho almoneda de las reservas de capitales privados, y en los países cuyas condiciones de equilibrio habían sido enteramente desplazadas por otras, en virtud de los tratados. Alemania, Europa central y oriental, los Balcanes y la misma Italia adquirieron en breves años un equipo y un "potencial" económicos que contaban con el sólo apoyo de los créditos de la "finanza internacional".

El vasto impulso de empresa que suscitaron la concentración de los capitales, la orientación especulativa de los mercados y la movilización intensiva del crédito, ha traído consigo inmensos progresos en la disposición y en el rendimiento general de la producción. Los progresos fueron paralelos, si no de idéntica amplitud, en América, en Europa y hasta en los pueblos llamados "atrasados" del Asia y Africa. Los mismos Soviets, contagiados por el ejemplo del supercapitalismo, se impusieron como ideal mecanizar e industrializar en alto grado a toda Rusia, absorbiendo indirectamente los créditos americanos.

¿Quién podría negar su valor al esfuerzo mediante el cual, desde hace 15 años, los ingenieros han transformado,

engrandecido y renovado los trenes de fábricas, tanto públicos como privados, del mundo entero?

¿Cómo desconocer que la "producción en masa" ha puesto al alcance de la multitud una inaudita cantidad de objetos, de mercaderías y de servicios, cuyo uso, al hacerse común aun al precio del desmedro de la calidad, ha elevado de un modo harto manifiesto el nivel general de las comodidades materiales? En ningún tiempo obtuvo la multitud, en tan breve plazo, un mejoramiento tan rápido del cuadro de su existencia y de los instrumentos de su bienestar.

Pero este impulso sólo podía mantenerse, sin rematar en un fracaso, mediante dos imperiosas condiciones: una condición de prudencia en su desenvolvimiento y una de utilidad social como objetivo. Estas dos condiciones postulaban una previsión superior, más francamente, una moral, que no podía hallarse en la sola ley de la ganancia. Abandonada a sí misma, esta ley sigue inevitablemente la secuela de los cálculos limitados y de las posibilidades de azar en la pendiente del más desordenado egoísmo.

IV.— *El falso equilibrio*

El sometimiento de la economía a los capitales de especulación, a causa de la intervención de los grupos anónimos, elimina el sentido del riesgo en los prestamistas y comanditarios, y con él toda preocupación por la mesura.

Sucedió que los bancos, sea por benevolencia, sea constreñidos por la inflación del crédito, asumieron en todo el mundo un volumen de riesgos industriales, comerciales y agrícolas de todo punto extraños a la función bancaria y cuya apreciación escapaba a la competencia de ellos. La competencia de los banqueros está lejos de poseer las aptitudes necesarias para la regulación de la producción o venta de las mercaderías. A la inversa, sucedió que los gerentes de la industria y del comercio, constreñidos no ya a emplear capitales individuales y limitados, sino capitales anónimos, los que debido al juego de los créditos parecían indefinidamente exten-

sibles, tomaron bajo su responsabilidad gran número de riesgos bancarios cuya apreciación caía de lleno bajo la competencia de los banqueros.

De este modo, unos y otros, prestamistas y comanditarios, cambiaban recíprocos riesgos, los que a falta de un control común imposible de establecer con eficacia, en vez de neutralizarse se multiplicaban.

Semejante régimen debió necesariamente prestarse durante algún tiempo no sólo a descabelladas imprudencias, sino también a los más inmorales abusos. Ante un público de prestamistas anónimos, ignorante de los procedimientos técnicos y aun de la naturaleza de negocios en que habrían de emplearse sus capitales, tanto intermediarios como agentes de créditos caían fácilmente en la tentación de trazar combinaciones de engañadora apariencia. Sistemáticamente, todas las empresas fueron "sobrecapitalizadas"; las ganancias hubieron de emplearse en nuevas instalaciones, lo que dió lugar a la solicitud de nuevos créditos; los títulos de los buenos y de los malos negocios fueron empleados conjuntamente en las maniobras bursátiles. El espíritu de previsión razonada y la preocupación por los elementos reales cedieron cada vez más a la fiebre de especulación.

Hasta en la gerencia de las empresas, la autoridad propiamente patronal, personal, responsable y constante, cedió bajo la influencia del banquero, proveedor de los capitales, y del ingeniero, cuyos planes justificaban o excusaban el consumo de estos mismos capitales. La colaboración del banquero y del ingeniero en ausencia de un verdadero patrón, cauteloso de sus bienes y de sus expectativas, debía necesariamente conducir al gigantismo industrial: el banquero recibía una remuneración proporcional a sus préstamos, el ingeniero proporcional a sus construcciones.

De este modo se movilizaron capitales enormes en equipos de fábrica desmesurados. Estos equipos, por su misma amplitud demasiado rígidos, y solidarios de la marcha de otras actividades por su propia especialización y por depender de un ciclo de contratos financieros, se hacían difícilmente amortizables sin una enorme producción, la que debería

no sólo pagar la explotación, sino también reembolsar los capitales iniciales y los numerosos corretajes, desde los concernientes a la emisión de títulos hasta los de entrega de materiales. Queda así en evidencia de qué manera el "potencial" de la producción, que hubo de aumentarse en un comienzo para satisfacer las excepcionales necesidades de la guerra, continuó luego creciendo bajo el impulso del capital especulador, amo de la economía general, y en el marco de los cálculos puramente financieros.

Nadie podrá rehusar al nuevo capitalismo el mérito de haber resuelto magníficamente — casi se diría demasiado magníficamente — el problema de la producción en masa. Pero de nada vale la producción en masa sin el consumo en masa. El nuevo capitalismo ha fracasado porque súbitamente le faltó este consumo. Ha caído víctima de la facilidad de sus provechos inmediatos. La brutal ley de la ganancia le impidió ver con claridad que las mercaderías son hechas para el hombre y no el hombre para las mercaderías, y que no podrá mantenerse sistema económico alguno si no existe una utilidad social más elevada que el beneficio inmediato del productor o del comanditario.

La concentración anónima de los capitales y la orientación especulativa de los métodos de producción exigen un desbordamiento creciente de productos a los mercados; de allí que por sí sola esté determinada a crear el desequilibrio, ya que la capacidad de producción sobrepasa en mucho a la demanda existente. No bien deja de actuar esta demanda, e simplemente deja de crecer, el capital comprometido especulativamente por el productor, se viene al suelo. Ahora bien sucede que la demanda sólo puede aumentar indefinidamente en determinadas condiciones: si el precio de venta de los productos baja hasta alcanzar nuevas capas de compradores, si la calidad de los productos se modifica para seguir las cambiantes necesidades de la masa humana y si ésta goza de una progresión regular de sus medios de consumo para absorber los productos ofrecidos cada vez en mayor número. Es posible mantener por largo tiempo un determinado equilibrio eco-

nómico sólo en el caso en que este corresponda a un equilibrio social más o menos constante. Esto vale para el mundo entero y para cada nación particularmente. El error fundamental cometido por el capitalismo nuevo fué creer que trabajando estrechamente para su personal provecho y sin preocuparse de las condiciones generales del resto de la humanidad, lograría uncir a su carro a la totalidad de los hombres, sus presuntos clientes.

Para que midamos este error, basta recordar que en nuestros días el número de seres humanos pasa de dos mil millones, y que el número de individuos que viven de la industria o del comercio alcanza apenas a cuatro millones. La producción en masa a base de capitales de especulación supone, pues, que los mil quinientos millones de hombres no beneficiarios de las ganancias de la industria y del comercio comprarán progresivamente sus productos a los cuatrocientos millones de hombres interesados. Ante todo, es preciso que estén en condiciones de hacerlo, y luego que tengan el deseo. Esto implica algo más que las combinaciones financieras, ampliaciones de usinas y cálculos financieros: la previsión de una dirección social. Si ésta falta, el progreso técnico, a la larga, sirve sólo para encubrir la general anarquía, y en primer término la anarquía de los mercados, la que termina por destruir el progreso mismo.

II

EL IMPOSIBLE EQUILIBRIO

La regla que inspira al capitalismo que hemos visto desarrollarse desde la guerra, consiste en que todo el capital debe tender a la producción de nuevas mercaderías o de nuevos servicios, y prácticamente, al progreso de la sociedad humana por la "industrialización" progresiva de sus medios de existencia.

Admitido el principio de la incesante movilización de todas las formas del capital con el fin de aumentar la cantidad de los bienes disponibles, dos consecuencias fluyen de él. La primera es que todo capitalismo se hace especulador, puesto que sitúa el objeto de sus esfuerzos y la sanción de los riesgos que asume en un éxito cada vez más amplio. La segunda consecuencia es que el productor que pide un capital en préstamo para aumentar la producción, justifica este préstamo con el sólo hecho de tener que producir más, mientras el poseedor o el prestamista de este mismo capital, si se propone sólo gozar de su riqueza adquirida o de su renta para los fines estables de su existencia, debe sufrir el peso de un desfavorable perjuicio. La mayor parte de los economistas alemanes y norteamericanos están de acuerdo en denunciar como simple "parásito" al capital que no produce

De este modo ocurre que las exigencias dinámicas del nuevo capitalismo se acercan singularmente a las del socialismo: ambos consideran la riqueza consolidada, en mayor menor grado, como un "peso muerto". No hay, pues, que asombrarse de la frecuente mescolanza que aparece en los países capitalistas como Alemania y Estados Unidos, de tendencias industriales y tendencias obreras. Ni tampoco es de

admirarse que los mismos Soviets, buscando lecciones de organización económica, hayan ido a buscarlas preferentemente a Alemania y América.

Sea como fuere, el principio del nuevo capitalismo y las consecuencias que de él derivan conducen lógicamente, por una parte, al abuso del maquinismo, y por otra, al abuso del crédito. En efecto, si el único objetivo del capital es producir incesantemente mercaderías o servicios, y si la fortuna estriba en este mismo desenvolvimiento, jamás habrá demasiadas máquinas ni éstas serán demasiado gravosas.

Y si el productor goza en todo caso de un prejuicio favorable en la sociedad, está en condiciones de pedir todos los préstamos que desee sin inquietarse en demasía por las garantías reales que deba ofrecer al prestamista, el cual no es más que un parásito social: de sobra se sabe que el acreedor ha soportado durante quince años el peso de esta doctrina bajo diferentes formas: moratorias, desvaloraciones, quiebras y conversiones diversas. La profunda popularidad que aun goza la inflación en los medios neo-capitalistas, sea disfrazada o abierta, no es más que la traducción de este perjuicio tan favorable al deudor...

I.—La imprevisión

Pero los raros teóricos del capitalismo que se dieron el trabajo de reflexionar durante algunos años sobre las condiciones generales de duración de la nueva evolución, no han dejado de soslayar, entre otras, estas manifiestas condiciones: que para su equilibrio una producción creciente depende de un consumo igualmente creciente, procurado por la baja del precio de los productos y por la admisión metódicamente organizada de todos los grupos humanos a los beneficios, no de las especulaciones precarias, sino de un progreso social regular. Se trataba nada menos que de ordenar la civilización entera en relación con un ritmo nuevo y único.

Mucho tiempo era preciso para ello. Pero ya nadie cree en el tiempo. Urgía una vasta previsión. ¿Pero quién es hoy previsor?...

Si uno de nuestros antepasados fuera llemado a juzgar el mundo actual desde el ángulo de los hábitos intelectuales de antaño, sin duda que escribiría en el frontispicio de nuestra sociedad esta palabra: imprevisión... Comprobaría lo que hoy es fácil ver tanto en los pueblos como en los individuos: la inclinación en cada cual por poner mano en la ganancia en todo evento, sin la menor inquietud por el propio porvenir, ni, con mayor razón, por el de todos.

De esta imprevisión se acusa grandemente sobre todo a los políticos. La imprevisión en ellos es doblemente peligrosa por constituir una amenaza para todos los ciudadanos a la vez. Pero esta imprevisión no difiere en esencia de la imprevisión corriente; no es más que su representación atenta. Con idéntico cuidado, procede a reconocer sólo la inmediata posesión o la ambición más próxima, ahorrándose el trabajo de calcular lo que vendrá más tarde.

Luego, es fácil catequizar desde arriba. Pero la moral sólo obra con acierto cuando toma en cuenta los hechos que determinan las costumbres. Sucede, ahora, que la imprevisión y la irresponsabilidad sociales son siempre el reflejo de la inestabilidad de una civilización.

Desde la guerra, vivimos bajo el signo de una constante inestabilidad en todo y por todo, trátese de las monedas o de las leyes, del marco de nuestra existencia o de la escala de valores, de las máquinas de que nos servimos o del ideal que adoptamos, o de lo que llamamos bello o feo en arte, vicio y virtud en la conducta. Lo que nos desmoraliza al fin y al cabo no es tanto el cambio, una vez sufrido, como la evidencia del perpetuo variar de todas las cosas.

Para decirlo con franqueza, el socialismo y la nueva forma del capitalismo han traducido en términos diferentes, aunque con idéntica temeridad, la general imprevisión. El socialismo postula y promete una previsión colectiva: exime, pues, al individuo de la tarea de prever y de ser responsable por sí mismo. Combate lo que aun queda en pie de la sociedad individualista, con la ilusión de que ha de sucederla, cuando en la realidad no es más que una parte solidaria de ella; con arruinar el individualismo no hace más que preparar, en lugar de su propio advenimiento, el advenimiento de la dictadura, como lo prueban Italia, Rusia, Alemania y otras. Muerto el individualismo, las masas sienten la necesidad de ser conducidas en mayor grado que de ser liberadas; entonces se hace fácil hacerlas tomar el paso.

En lo que hace al capitalismo de especulación, es el aprendiz de hechicero(1). Desde hace quince años, escasamente hay hombre o cosa que no haya puesto en movimiento, entremezclándole todo, valores y nulidades, rompiendo equilibrios

(1) Alusión a un poema de Schiller, puesto en música por Lukas, en que se narra la historia de un aprendiz de hechicero que en ausencia de su amo invoca algunas fórmulas mágicas que producen gran trastorno en la vivienda del hechicero, inundaciones, danzas de escobas, ante los atónitos ojos del aprendiz, que en su ignorancia no acierta a dar con la fórmula que pueda detener todo aquello. —N. del T.

adquiridos sin inquietarse por los nuevos, persiguiendo el cebo del inmediato provecho, embriagado por su propia imprudencia, confundiendo el poder de dar un impulso con el de ejercer una dirección... El mundo, en tanto, ha marchado exactamente en sentido inverso, no sólo de las preferencias, sino de los intereses próximos del capitalismo. Se había soñado con un universo en el que la riqueza, gracias a la libertad y a la seguridad de los cambios, crecería indefinidamente: sólo se nos ofrece el espectáculo de los cambios interrumpidos, nacionalismos estrechos, moratorias, arbitrariedades legales y reglamentarias, trabas fiscales o sociales, menoscabos de los pilares seculares del derecho comercial y del derecho de gentes.

La razón de aquello es que, tanto en los individuos como en los pueblos, sólo puede haber previsión cuando se toman en cuenta los valores que se presumen constantes o por lo menos durables. El espíritu no logra alcanzar la necesaria constancia para resistir a la materia y dominarla sino cuando sitúa sus sanciones fuera de ella. Hasta en el orden económico el materialismo puro y simple no logra crear cosa duradera.

De este modo comprendemos por qué razón el nuevo capitalismo, desligado de todo fin intelectual o moral, debía dar pruebas de despreocupación respecto a las condiciones elementales de su propio equilibrio.

II.—Alza de precios

La primordial condición de este equilibrio es, como queda dicho, la baja del precio de los productos que de este modo se harían accesibles a un número cada vez mayor de consumidores, como respuesta a la siempre creciente producción.

Si estudiamos los índices generales de los precios al por mayor, desde hace unos sesenta años, en Europa y América, comprobamos lo siguiente: en la primera fase de la industrialización intensiva, hasta fines del siglo XIX, los precios ten-

dieron a bajar (el punto más bajo lo encontramos en 1896); luego, de 1900 a 1914, los precios alcanzaron una relativa estabilidad; a continuación, las necesidades y trastornos que siguieron a la guerra los hicieron saltar a un nivel superior al doble del nivel anterior; por fin, de 1921 a 1929, es decir, durante la fase que procedió a la "superproducción" y a la "crisis", los precios sobrepasaron en un tercio a los de 1913... De ser posible, la comparación de los precios de detalle nos procuraría una comprobación más evidente. El testimonio de los precios al por mayor, a pesar de lo somero, basta por lo menos para establecer que el nuevo capitalismo no ha realizado la primera condición de su equilibrio; lejos de haber hecho descender los precios, los ha hecho subir hasta la ruptura, dicho de otro modo, hasta la catástrofe financiera de 1929

Si juntamos este hecho, del alza de los precios, con otro hecho, el aumento de cantidad de los productos — que fué casi en una mitad — el equilibrio parece imposible. Para asegurar este equilibrio habría sido necesario que la humanidad entera comprara productos incansablemente, pagándolos cada vez a mayor precio.

Lo que asombra es que esta evolución haya podido durar casi diez años. Logró hacerlo gracias a ciertos apoyos temporales que le eran de todo punto externos. La producción especulativa fué sostenida en primer lugar debido a las demandas excepcionales que resultaron de las ruinas y necesidades de toda suerte causadas por la guerra. Luego, a partir de 1925, cuando cesaron las necesidades excepcionales y se evidenciaron los primeros síntomas de una catástrofe inminente, la política norteamericana de la inflación de los créditos, junto con ofrecer a la clientela medios de compra artificiales, rectificó y dió nuevos impulsos, durante algunos años, a la carrera de especulaciones...

¿Por qué razón el nuevo capitalismo no ha realizado la primera condición de su equilibrio: la baja de los precios para el consumidor, de donde habría provenido la extensión de los mercados?

No hay que culpar a los esfuerzos técnicos de la industria. Lejos de eso. El progreso de la máquina, la instalación de trenes de fábrica cada vez más poderosos o ingeniosos, la "standarización" de los modelos y la "racionalización" del trabajo no han cesado de reducir el precio industrial de los productos. Si hay un reproche que hacer a la industria nueva, es haber preferido la cantidad a la calidad, para obtener precisamente la disminución del precio de costo.

El maquinismo ha traído, pues, al hombre un doble provecho, la abundancia de las mercaderías y la reducción del precio de fabricación. ¿Qué ha sido de este provecho? Es absolutamente necesario presentar de este modo la cuestión, puesto que el alza de precios impuesta a los consumidores ha terminado por trocar la abundancia de las mercaderías en una catástrofe económica y social.

A decir verdad, fueron numerosos los productores que, en el mundo entero, reservaron para sí una parte demasiado crecida del beneficio que los nuevos métodos de producción debían rendir a la economía general. Tanto como se lo permitió la demanda, por entonces sometida a las necesidades excepcionales, encarecieron la oferta. De este modo creyeron ponerse de acuerdo con la vieja fórmula del juego: el equilibrio de la oferta y la demanda fija los precios. Olvidaban simplemente que el ritmo mismo de la producción en serie, cualquiera que fuesen las ventajas inmediatas, llevaría muy pronto a la oferta a superar a la demanda, si no ahorraban esta última. Los mejor inspirados, tanto en Europa como en Estados Unidos, admitieron a sus obreros en la participación indirecta de los beneficios que les procuraba el maquinismo. Pero la mayor parte rehusaron extender hasta el consumidor la repartición de los beneficios. Se habituaron a considerar el ciclo industrial capaz de bastarse a si mismo, y a juzgar que los altos salarios compensaban equitativamente los altos precios. Por otra parte, los convenios o los sindicatos de productores defendían el mercado contra la competencia de los precios bajos.

El error era grave. En efecto, debido al exceso de los

beneficios industriales, no sólo el consumo en lugar de crecer se extenuó pronto, sino también la industria se condenó a sí misma al desequilibrio. ¿En qué podían emplearse los excesivos beneficios, si no en fundar negocios superfluos y en construir usinas desmesuradas, en mantener especulaciones de bolsa y en crear, en torno a la industria, un renombre de fácil enriquecimiento, que habría de atraer capitales o créditos y con ellos la multiplicación de las empresas?

Así vemos cómo, por una concatenación directa, la rebusca materialista de la ganancia inmediata se labra su propia pérdida.

III.—Desorden de la distribución

Pero más grave aun fué el error del capitalismo cuando, racionalizada la industria para lograr la producción en serie, dejó de interesarse por el costo de la distribución de los productos al consumidor. Cualquiera que fuese la cuota de utilidades que abandonara el industrial de los beneficios que le procuraba el maquinismo, el costo creciente de la distribución de los productos debía necesariamente anular la utilidad prometida al consumidor.

Los estadísticos norteamericanos han calculado, basándose en términos medios de valor universal, que los gastos de distribución de un producto—comprendiendo como tal el transporte, las manipulaciones intermediarias, la publicidad, las comisiones y corretajes, la exposición y la venta — representan más de la mitad del precio que se pide al consumidor. Estos gastos de distribución se han duplicado, o poco menos, desde hace treinta años, y en nuestros días, un revendedor sirve por término medio a un número de clientes que representa la mitad de los de antaño. De este modo, mientras el costo de la producción ha sido sistemáticamente reducido por el maquinismo, se ha dejado que el costo de la distribución crezca desmedidamente. Por un lado progreso; por otro regresión, por lo menos en lo que hace a la economía.

Este fenómeno, a primera vista sorprendente, proviene de causas complejas.

En primer término es preciso mencionar el enorme aumento de comerciantes y de servicios o profesiones intermediarios de todo género. Sólo en los EE. UU. se estima que el número actual de nuevos revendedores alcanza a la cifra de 1.600,000. Y esto, a pesar de que no se conoce cabalmente el número por demás variable de los simples empleados de venta, sobre todo de las mujeres. Este aumento, aunque en diverso grado, ha sido paralelo en casi todos los países. Sin embargo, y esto merece reflexión, el aumento se efectuó con más rapidez en los países intensamente industrializados: la "industrialización" acrecienta y multiplica los centros urbanos, los que a su vez atraen población; por otra parte, el progreso de la máquina, al limitar el empleo de la mano de obra en la industria propiamente dicha, envía los excedentes de población a los empleos anexos o parasitarios.

El alza brutal del precio de los productos y la especulación desenfrenada, tanto abierta como velada, a que dió ésta lugar en los últimos años, en Europa y América, bastarían para poner de manifiesto la afluencia de los intermediarios.

No todos estos comerciantes hacen fortuna. La mayoría viven quizás miserablemente y a menudo con menos recursos regulares que el obrero de alto salario. Pero deben vivir. El número y la posición intermediaria que ocupan les procuran en todos los países el medio político que ha de garantizarles, si no privilegios, por lo menos una existencia regularmente estable. Los estados y las municipalidades encuentran en ellos verdaderos recaudadores de impuestos. Viven, pues, cobrando un diezmo proporcional al número que representan y a sus necesidades, por la masa de productos que distribuyen. También ellos forman sindicatos contra la concurrencia en los precios de venta. Por lo demás, en los períodos de alza, los productores tasaban sus productos de tal manera que hasta el último de los intermediarios obtuviera utilidades.

El consumidor paga así un aumento de precio que representa no la exagerada utilidad de tal o cual comerciante, como piensa generalmente la opinión, sino los gastos que ocasiona el mantenimiento de un enorme excedente de comerciantes y la amortización del excesivo costo de los productos, que de ello resulta.

¿En qué medida ha influído el desarrollo del maquinismo y de la producción en masa en el aumento cada vez más gravoso de los gastos de distribución y sobre todo del número de intermediarios? No hace mucho indicábamos la concatenación que existe en nuestra época entre la concentración urbana y el reflujo de una población que crece con mayor rapidez en las ciudades que en los empleos de la industria, hacia los empleos anexos o parasitarios. Por otra parte, la producción en serie ha convertido el oficio de revendedor en la profesión que exige el minimum de conocimientos o de competencia técnica y que menos riesgos corre. El revendedor de nuestros días distribuye al público productos "standarizados", empaquetados, marcados, garantizados y tasados de antemano por la fábrica, productos idénticos a todos los de la misma marca y que él, simple revendedor, no tiene por qué conocer técnicamente. Un farmacéutico actual podría en rigor omitir el estudio de la química, como lo omite el peluquero o el droguista que venda las mismas marcas de agua de Colonia o de dentífricos. A esta facilidad del oficio de comerciante hay que agregar un leve riesgo: muchos de los revendedores son simples depositarios exentos de una carga real de capital o de fondos de gastos.

Lejos de obstaculizar la multiplicación de estos intermediarios, los productores la han fomentado por una razón que guarda estrecha relación con el carácter de la producción en masa. Esta producción arroja a los mercados crecientes cantidades de productos similares. Para colocar estas cantidades cada vez mayores en la clientela y para atraer a ésta a elegir entre las ofertas similares, es necesario un número cada vez más elevado de agentes. No pudiendo ya imponerse

el producto por su calidad u originalidad intrínseca, preciso que sea impuesto por un agente exterior.

Esta es también la razón de los gastos de propaganda que gravan cada vez más el precio de venta de los productos al consumidor. En ciertos países, primordialmente en los EE. UU. a medida que la producción evolucionaba hacia los "standards" o tipos uniformes, la publicidad se ha hecho tiránica y ruinosa, tanto para el productor como para el consumidor. Esta propaganda ha dejado ya de ser facultativa: no siempre la publicidad logra imponer la venta de un producto, pero ningún producto, traje de baño o novela de aventuras, podría ya ser vendido sin la publicidad. Carga enorme y absolutamente nueva que pesa sobre la distribución, sin agregar un ápice al valor real del producto.

También es esta, en parte, la misma razón que ha hecho aumentar gradualmente los gastos de transporte. Para dar salida a la producción en masa ha sido preciso despachar los productos fabricados hasta los más humildes villorrios de Europa y los campos más recónditos de América. Ha sido preciso despachar, a veces, un determinado producto con la rapidez suficiente para que éste llegue a su destino antes que el producto similar. Mientras el cliente estuvo en situación de pagar, jamás se vaciló ante los medios o el precio del transporte. Pero ocurrió que a menudo el recargo del precio en lugar de figurar en la factura del consumidor directo, pasó a la cuenta de los gastos generales de distribución. Esta preocupación de transportar la mercadería tan lejos como fuera posible, a cualquier precio, debía causar a la larga no sólo el alza de las mercaderías distribuídas sino también la anárquica competencia de los diferentes medios de transporte, la extensión de los dobles tránsitos, doblemente onerosos, y finalmente el déficit de todos los ferrocarriles del mundo.

IV.—Parasitismo político y social

El nuevo capitalismo puede justificarse de no haber hecho descender los precios, mediante un serio argumento: le basta con exhibir el fardo creciente de impuestos y de gastos de origen político o social que la producción y la distribución han debido soportar desde la guerra. Agreguemos a esto, que en ningún momento ha podido manejar libremente y de acuerdo con las normas de su propia previsión, la economía general ni las economías nacionales.

Tendremos ocasión de considerar nuevamente la responsabilidad que cabe al capitalismo en el gobierno de los pueblos. Por el momento, limitémonos a esbozar someramente las causas del excesivo aumento de gastos políticos y sociales que ha debido soportar.

La guerra dejó a los Estados una causa de obligaciones harto premiosas que, en definitiva, por el juego directo o indirecto de toda suerte de tasas, ha gravado el precio de las mercaderías y el costo de la vida. Estas obligaciones fluyen de un pasivo complejo, en el que figuran muy desigualmente justificados los socorros o indemnizaciones para las víctimas, los gastos de reparaciones de las ruinas, el desarrollo de burocracias útiles o parasitarias y el hábito generalizado de dilapidar. En el orden social, la guerra ha trastornado el modo de existencia de numerosas poblaciones, ha hecho afluir nuevas multitudes a las ciudades, ha acrecentado muy sensiblemente la inestabilidad de los grupos humanos, ha excitado las necesidades colectivas y multiplicado las miserias individuales. Por otra parte, por haber abusado de medidas de excepción y de arbitrariedades, ha hecho nacer, casi en todos los países, cierto estado de espíritu de reivindicación, que debía exteriorizarse sea en las luchas electorales, sea en la formación de grupos de agitadores que obran en secreto o manifiestamente. Ya de suyo ruinosas, las finanzas públicas de numerosas naciones se desplomaron al peso de aquellas presiones y cargas.

A aquéllo siguió el desorden monetario: y con él, nueva inestabilidad colectiva, nuevas reivindicaciones, nuevas necesidades de reajustes...

No es posible responsabilizar al capitalismo de semejante pasivo. Por el contrario, es preciso reconocer que este pasivo ha sido liquidado bien o mal gracias a los recursos en parte inesperados que, bajo la influencia del capital de especulación, ha aportado a los Estados Unidos y a todas las colectividades públicas el incremento de las operaciones comerciales.

Pero si es verdad que el nuevo capitalismo ha contribuído extensamente a reparar las pérdidas de la guerra y ha permitido asimismo a los Estados resolver excepcionales dificultades, parece, no obstante, dudoso que este capitalismo se haya inquietado en demasía por el costo final de la evolución en que él tomaba parte. Conjuntamente con pagar sumas enormes para remediar los males y desórdenes dejados por la guerra, él mismo introducía en la sociedad humana nuevas causas de inestabilidad, cuyas primeras consecuencias serían el aumento de sus gravámenes de producción y distribución.

Por su propia cuenta y aprochando en todo evento la oportunidad de un provecho inmediato, sin inquietarse por el porvenir, multiplicó los desplazamientos de poblaciones y los cambios de modos de existencia, mediante el empleo inmoderado de la mano de obra. Desarraigó de sus aldeas a multitudes de hombres de todos los continentes; los desarraigó de sus aldeas, donde vivían pobremente pero de un modo seguro, para someterlos a condiciones de vida improvisadas, facticias y sobre todo precarias. Encendió en ellos una ilusoria ambición de bienestar sin límites que no era más que la embriaguez de un *boom* artificial y efímero. No se limitó sólo a transformar sus condiciones de existencia, sus aptitudes, sus trabajos, costumbres y gustos; para vender cada vez mayores cantidades de productos, se encarnizó en crear en ellos nuevas necesidades. De este modo obligó a los Estados o a las colectividades públicas, y se obligó

él mismo, a hacer gastos cada vez más gravosos para adaptar el marco social a las necesidades bruscamente creadas. El no podía poner una barrera al contagio ni a la merma de estas necesidades: los gastos públicos, gastos de personal y de material, y los gastos privados de toda la población, industrial o no, ascendieron...

Todo esto habría sido para bien, si el nuevo capitalismo y la producción de masa hubieran podido encontrar continuamente mayor cantidad de clientes que pagaran cada vez a mayor precio los productos mediante los cuales se perciben, al fin y al cabo, los beneficios exagerados, los elevados salarios, los innumerables corretajes y los impuestos crecientes.

En el interior mismo del ciclo industrial se duda de que el capitalismo de especulación hubiera podido alcanzar nunca el equilibrio de los gastos y de las entradas efectivas en el doble plano económico y social. La inflación monetaria y luego la inflación del crédito, desde hace unos diez años, han hecho aparecer como beneficios algo que a menudo no pasaron de ser simples traspasos o movimientos de capitales, sin incremento definitivo de las riquezas. Por otra parte, el alza de los gastos de distribución, al gravar las mercaderías compensó ampliamente el alza de los salarios pagados por el maquinismo. Y por último, la cuenta del pasivo social no será definitivamente revisada hasta el día aun lejano en que se ordenen los presupuestos de los múltiples Estados...

En todo caso, el nuevo capitalismo estaba destinado a fracasar ante el problema agrario.

V.— Ruptura de los mercados agrícolas

El escollo más cercano y más grave lo encontró el capitalismo especulativo en la agricultura. En ella, antes que en ninguna otra parte, el sistema de la producción en masa pareció insoluble. De allí que mucho antes de la catástrofe financiera de 1929 se rompiera el equilibrio de los cambios en el mundo entero.

Para poner de manifiesto la importancia de la agricultura en la economía universal, basta recordar que más de los dos tercios de la humanidad viven, directa o indirectamente, de la producción o del comercio de los productos de la tierra. ¿Cómo era posible imaginar que hubiera sido durable un equilibrio general de los cambios que no empezara por asegurar el equilibrio económico y social de los dos tercios de la población humana?

La curva de los precios lo atestigua. El desarrollo de la actividad industrial, acompañado por el alza de los índices del capitalismo y del *boom* de los valores de Bolsa, continuó en su tendencia especulativa hasta 1929. Ahora bien, en sentido inverso y durante varios años, la curva del precio medio de los grandes productos agrícolas, salvo desviaciones pasajeras, acusaba una baja constante.

El precio medio de un *boisseau* (13 litros) de trigo candeal en Chicago fué: 166 *cents* en 1925, 155 en 1926, 137 en 1927, 131 en 1928, 123 en 1929. En los momentos en que la Bolsa de los Valores parecía llegar a una alza indefinida, en el mercado de París el precio medio del trigo caía a 155 en 1927, 152 en 1928, 142 en 1929. En Londres, el precio medio del arroz acusaba: 15 sh. en 1926, 14 en 1927, 13 en 1928, 12 en 1929. El azúcar centrifugada valió en Nueva York: 4 *cents* 73 en 1927, 4.21 en 1928, 3.60 en 1929. El precio del café cayó de 35.8 en 1928 a 20.5 en 1929...

En realidad, desde 1926 o 1927, una especie de conflicto opuso en las profundidades de la economía universal, por una parte, el pesimismo agrícola y el optimismo industrial y bursátil, por la otra.

Fácil es reconocer la causa de esta oposición, aunque los teóricos de la economía la hayan ignorado muy a menudo.

Entre el productor industrial y el productor agrícola existe solidaridad en lo que se refiere a la venta de sus productos y al mutuo beneficio, ya que, en cierto modo, son entre sí clientes recíprocos. Pero esta solidaridad no involucra necesariamente el paralelismo de las probabilidades y de los medios. Deja ella subsistir una diferencia fundamental en

la elasticidad de los dos mercados. El mercado industrial puede estar en plena efervescencia de alza, gracias al esfuerzo de los agentes de especulación, mientras el mercado agrícola ha pasado ya su límite de elasticidad y sufrido una ruptura de equilibrio.

Desde ese punto, la divergencia creciente de las dos evoluciones no hará sino aumentar el desnivel de un mercado respecto al otro, y como en definitiva permanecen solidarios, ampliar el alcance de la general catástrofe que ha de sobrevenir.

Esta diferencia de elasticidad reside en la naturaleza misma de los productos y en el modo de consumo. De idéntica manera que la industria, la agricultura puede sacar partido de los progresos de la máquina y de los avances del crédito. Pero, mientras la industria desarrolla la venta de sus productos ampliando y acelerando su uso entre los hombres, el consumo de los productos agrícolas permanece, por el contrario, más o menos invariable si el número de hombre no aumenta. Ocurre, ahora, que desde la guerra la cifra de la población humana tiende a bajar, sobre todo en las zonas de gran consumo...

Si se elevan las necesidades de confort de un medio social, si por medio de la publicidad comercial se crean en él necesidades y al mismo tiempo se ofrecen amplios créditos a los compradores, se consigue que los individuos cambien sus prendas de vestir más a menudo, usen más automóviles, gasten más en vivienda o moblaje, se diviertan más intensamente; todo esto redunda en beneficio para la industria. Pero no se puede hacer que un individuo que ha satisfecho su cotidiana necesidad de alimento, consuma más pan, carne o vino.

La agricultura alcanza, pues, antes que la industria, el punto culminante de su mercado posible; y cuando ha alcanzado aquel punto, lejos de que un embate del capital especulativo pueda volver a impulsarla, la intervención especulativa conjuntamente con exagerar el equilibrio precipita la caída.

La inflación de los créditos, de origen americano, sobreexcitó la actividad industrial, provocó un *boom* de los valores de Bolsa y mantuvo el alza de los productos fabricados. Pero, por otra parte, decidió a los agricultores a aumentar más las producciones y a asumir nuevas cargas hipotecarias: como los precios bajaban en la misma proporción en que aumentaban las cantidades producidas, se encontraron ahora menos que nunca en situación de afrontar sus deudas o adquirir los artículos que les ofrecía el comercio, a precios recargados...

En mayor o menor grado, todos los productos del suelo obedecen a esta ley del mercado limitado, que ha desconocido el nuevo capitalismo. La evolución de los mercados para las materias industriales de origen animal o vegetal fué sensiblemente idéntica a la de los productos alimenticios. Desde 1928, y mucho antes del *krach* bursátil de Nueva York, el precio del algodón y de la lana se había unido a la baja de los productos agrícolas. Pronto ocurría lo mismo con los cueros. Desde 1927, el precio del caucho en bruto no había cesado de bajar.

Más directamente vinculada que la producción de las materias alimenticias a la actividad y a los beneficios de la industria, la producción de las materias primas resulta por ello mayormente expuesta a los inconvenientes que trae consigo toda forma industrializada de agricultura, en que faltan los cálculos estrechos pero seguros de la previsión campesina. Fácil y rígida, organizada de acuerdo con reglas de desenvolvimiento, por decirlo así geométricas, favorecida en todo tiempo por los especuladores y comanditarios del mundo entero, desde luego imposible de disciplinar en razon del mismo atractivo que ejerce en los productores la posibilidad de una ganancia especulativa, la producción de las materias primas naturales tiende constantemente a rebasar su mercado límite.

Este mercado límite depende, por una parte, de las cantidades y, por otra, del precio. Las cantidades de materias naturales empleadas por la industria varían según los

procedimientos de transformación, y para las textiles, según las modas de estación. Por lo que hace al precio, a medida que sube el de las materias naturales, la industria se beneficia más con el empleo de materias artificiales o sucedáneas. En períodos de *boom*, en los momentos en que la presión especulativa sostiene, debido a una pareja abundancia de créditos, tanto la producción manufacturera como la de las materias primas, los beneficios de esta última decaen mucho antes que disminuya la actividad industrial.

De este modo se manifiesta la imprudencia social del nuevo capitalismo, el cual, no contento con mecanizar hasta lo indecible la producción de las materias alimenticias, arrancó a los países indígenas de ultramar de una vida agreste para someterlos a los azares de un cultivo especulador de las materias industriales.

III

EN ACTITUD DE ABDICAR

En septiembre de 1929, el *krach* de Wall Street marcó la ruptura brutal del equilibrio económico, financiero y en cierto modo social que el capitalismo de especulación había creído posible fundar sobre la base de un equilibrio falso.

Pocos fueron los observadores que en aquel preciso instante pudieron penetrar el verdadero sentido y con ello medir el alcance de aquel "accidente" de la Bolsa de Nueva York. La mayoría de los especuladores del mundo entero creyeron asistir a un simple movimiento de repliegue del alza de los valores, y, arrastrados por la esperanza en un nuevo impulso, en vez de reducir los intereses comprometidos los aumentaron. Se unió a esto que un número de dirigentes, amenazados en sus posiciones ya difíciles de defender, trataron de engañarse a sí mismos y alejar el peligro, difundiendo optimistas comentarios destinados a mantener o atraer al público a un estado de confianza. Sólo algunos grandes bancos y primordialmente dos o tres bancos centrales, el Federal Reserve Bank de los EE. UU. entre ellos, dieron la alarma. Pero fueron desoídos sus llamados a la prudencia; sus iniciativas destinadas a la salvaguardia de los intereses no encontraron eco, se hizo mofa de sus timideces o fueron duramente criticados.

¡Habían demasiados intereses en juego! Cuanto más rigurosas se presentían las expiaciones, mayor era el encarnizamiento con que se trataba de mantener la ilusión.

Sin embargo, no había medio de evitar la expiación. Llegó inexorablemente, y en muchos casos agravada por la

artificial resistencia de los bluffs con que se trató de detenerla. ¡Cuántas quiebras suplementarias se debieron a la obstinación de los agiotistas! Y la expiación no ha terminado. Tratemos de esbozar brevemente los daños sufridos por la economía universal en el espacio de tres años.

Desde 1929 a 1933, el descenso medio de los cursos de los valores mobiliarios de renta variable, índices en oro, revela aproximadamente una depreciación de 90 por 100 en los Estados Unidos; 88 por 100 en el Canadá; 80 por 100 en Suecia; 75 por 100 en Bélgica y en Alemania; 70 por 100 en Inglaterra y en Italia; 65 por 100 en Francia y en Suiza. Vale decir que cerca de los dos tercios del capital que constituía, por lo menos nominalmente, "la cartera de la prosperidad", fueron liquidados o destruídos.

Cabe admirarse de que semejante caída de los valores bursátiles no haya causado una ruina más general o más dramáticos desórdenes en la sociedad capitalista. Esto prueba que, fuera de los países nuevos y particularmente los Estados Unidos, el artificioso capitalismo especulador no había ganado la completa adhesión de los hombres. Algo quedaba aún en el alma de los individuos y de las familias de aquella tradicional prudencia engendrada por el capitalismo de ahorro: por lo menos había preservado las bases de la riqueza y del trabajo.

Esta misma tradicional prudencia, como una violenta reacción a los actos temerarios de la víspera, exageró la caída. La confianza había sido extrema; pronto todo el mundo se tornó desconfiado. ¿A quién no había embriagado la especulación?: ahora se disminuían gradualmente las inversiones y se atesoraba con deliberado propósito. Con qué locura habían sido dilapidados los beneficios, a menudo ficticios: ahora, era cosa decidida, sólo se adquiriría o pagaría lo estrictamente necesario, y aun con regateos.

A la ruptura material del equilibrio económico se unió, pues, muy pronto una especie de ruptura moral entre el nuevo capitalismo y el espíritu del público. De este modo, no sólo quedaba malogrado el mecánico impulso de la expansión

financiera e industrial de los diez últimos años; toda el alma colectiva rehusaba aunar sus esfuerzos para detener los estragos.

Sucedió así que la "deflación" que empezó con un salvaje *krach* en el mercado de los valores y de las materias primas, campo de las especulaciones de los agiotistas profesionales, se extendió a todos los dominios de la actividad social, perturbando tanto los buenos como los malos negocios.

Las empresas sólidas, y muchas francamente mediocres, cuidaron de aparecer en buen pie el mayor tiempo posible ante sus accionistas, para lo cual continuaron dando dividendos de buena o mala ley. De este modo ponían el crédito a salvo y pensaban mantener el poder de compra en el público. Esto explica por qué la baja de la renta de los valores fué menos brutal que la de los valores mismos. Pero fué necesario ceder. El índice medio de los dividendos distribuídos en Nueva York cayó de 320 dólares en 1930 a 87 en el mes de diciembre de 1932; en Londres, de 183 libras a 90; en Berlín, de 44 marcos oro a 15; en París, de 390 francos a 219.

A decir verdad, es preciso buscar la curva de la "deflación" económica no en los reflejos financieros de las sociedades y de las empresas, sino en la evolución de los precios al por mayor, verdadero barómetro del mercado internacional.

El número 100 ha sido elegido como índice medio en valor oro para los precios al por mayor en 1913; en 1928 vemos que este índice alcanza a 140 en América y a 136 en Europa. Ahora bien, a principios del presente año (1933), el índice medio, general, de los precios al por mayor para ambos continentes había descendido a 79, es decir, una desvaloración de cerca de una mitad en el conjunto de los productos y mercaderías del mundo, en relación con el oro.

El volumen de la actividad industrial y mercantil se ha reducido por lo menos en idéntica proporción si se considera la actividad global de tiempo antes, y en más considerable

proporción si se toma en cuenta la capacidad de producción teórica de las maquinarias en los diversos países.

De ahí que nos conmueva sin que nos sorprenda registrar, para el conjunto de las naciones civilizadas, las únicas que tienen estadísticas, la cifra de 35 millones de cesantes... (1). ¡Las dos monedas de mayor poder sobre la tierra, la libra esterlina y el dólar, en otro tiempo base del crédito internacional, se han tornado inestables!

¿Acaso el capitalismo ha confiado en sus propias fuerzas, a partir de 1929, para escapar a la "deflación" y detener el aluvión de ruinas que le amenazaba por todas partes? ¿Ha buscado en su doctrina una norma para poner a salvo su fortuna, enmendarla y darle nuevo curso? No. Conjuntamente con solicitar la protección de las fuerzas políticas y de los Estados, ha dirigido contra sí mismo el más peligroso de los ataques, ataque que ha herido a muerte su prestigio ante las multitudes y le ha arrastrado a una ininterrumpida serie de aventuras cuyo desenlace queda por prever.

Se había aclamado a sí mismo como internacional, universal, capaz de unir a todos los hombres solidariamente en la amplia red de los cambios cada vez más intensos o de los créditos más y más extendidos, unirlos en una misma prosperidad concebida para desarrollar el bienestar y la autonomía de cada uno de los hombres. Mas, a la hora de la prueba, no ha buscado otros apoyos que los nacionalismos y la demagogia de los intereses. De idéntico modo que el nacionalismo y la demagogia económicos conducen al estatismo, el estatismo y el socialismo a la dictadura, la alteración ha alcanzado al mismo curso de nuestra civilización.

---

(1) Después de escrito este libro esa cifra ha disminuido — N. del T.

I.— *Recurriendo al nacionalismo*

Nadie podría negar que con la facilidad cada vez mayor de los cambios, han venido también todos los progresos materiales del mundo moderno y la evolución de su cultura intelectual. La idea moderna por excelencia fué la libre circulación de los hombres y de las mercaderías. Desde hace trescientos años, Europa ha buscado sin cesar nuevas relaciones y nuevos mercados. Esta rebusca, inspirada en un concepto superior de la unidad humana, aunque determinada al mismo tiempo por necesidades de carácter vital, ha tenido resonancias en nuestra moral, en nuestra política, en nuestra filosofía y en nuestras artes, en todas las formas de trabajo social y hasta en la natalidad.

Fruto de ella fué la penetración recíproca de los espíritus y, en el orden material, debido a la emulación y a la competencia, un rápido incremento de los medios y de los bienes de que puede disponer el hombre, en lo que se refiere a las cantidades, a las calidades y a los precios.

Este incremento rápido de los bienes y de los medios en un mundo en que la circulación se hacía cada vez más libre y más intensa, en un mundo ensanchado que ofrecía ahora mayores recursos y posibilidades, elevó en alto grado el gusto por la vida y aumentó la natalidad...

Sin embargo, esta tendencia del capitalismo hacia un librecambio universal fué contrariada siempre, o por lo menos moderada, por la actitud de ciertas categorías de productores, industriales y campesinos, que tendían a una protección nacionalista.

No hay necesidad de explicar aquí el conflicto suscitado por las tendencias antagónicas del "librecambio" y del "proteccionismo", ni menos comentarlo. La literatura a que

ha dado lugar en todas las lenguas podría llenar bibliotecas enteras, y sigue siendo un motivo de controversia entre los teóricos de la economía política.

Antes de la guerra, el conflicto del "librecambio" y del "proteccionismo" acusaba más bien un equilibrio que una ruptura; equilibrio de dos fuerzas, cada una de las cuales con su tradición y su impulso; fuerzas distintas, a menudo irritadas o recíprocamente celosas, pero que se completaban en el fondo: por una parte, la fuerza del comercio y de la banca, la fuerza de la industria y de la agricultura, por la otra.

El comercio y la banca deseaban cada vez mayores cambios y en la más amplia libertad, precisamente porque sus beneficios provendrían del movimiento de los cambios, siendo éste tanto más amplio, intenso y rápido cuanto mayor fuera su libertad. Por lo que hace a la industria y a la agricultura, representaban éstas los elementos constantes y poco menos que estables de la riqueza social de cada pueblo. También representaban las garantías de trabajo y los medios de existencia regulares de las poblaciones estables en el cuadro político de los Estados. Ante la amenaza de la competencia exterior, era natural que invocaran la protección de los Estados, ya que a éstos interesaba la conservación de los patrimonios nacionales y el mantenimiento de la renta fiscal de las actividades que caían bajo su competencia.

Aparentemente había, pues, oposición de dos fuerzas. Pero, en realidad, se contrapesaban. Este contrapeso era necesario al capitalismo; mediante él podría desarrollarse sin comprometer sus propias bases. El "librecambismo" del comercio y de la banca era el motor del progreso. El "proteccionismo" de la industria y de la agricultura impedía que el movimiento destruyera la continuidad de los esfuerzos y la previsora responsabilidad de cada grupo o nación. Pues, si era humano, útil y provechoso para todos que los franceses pudieran apreciar las invenciones alemanas y beneficiarse con el producto de dichas invenciones o recíprocamente, habría sido lamentable que una desenfrenada competencia he-

biera terminado por privar a ambos pueblos de sus posibilidades de crear y de producir.

Equilibrio necesario, equilibrio difícil, incesantemente puesto en la picota por el ciego impulso de los intereses particulares y los multiformes esfuerzos de la demagogia, pero que, pese a todo, no dejaba de ser el equilibrio que aseguró, antes de la guerra, el florecimiento de las actividades humanas en un mundo solidario y variado.

Este equilibrio quedó destruído con la guerra. Desde entonces ha comenzado una evolución nueva, evolución cuyas causas y verdadera esencia no han encontrado, al parecer, hasta ahora, toda la atención que merecen.

La guerra desconcertó los cambios normales de las mercaderías y de los servicios entre las naciones. A modo de compensación, amplió los cambios de capitales y de créditos.

Pero como el neo-capitalismo debía emplear cada vez mayores capitales y créditos en la producción de las mercaderías, y éstas no podían producirse sino en el marco de la respectiva nación, ocurrió este increíble fenómeno: la preponderancia bancaria y la universal concatenación de los créditos iban a terminar por exacerbar todas las formas del proteccionismo o del nacionalismo. Ni más ni menos que si una corriente general en vez de unir entre sí a las naciones que iba recorriendo, hubiera despertado en ellas el espíritu de independencia.

El "librecambismo" fué herido de muerte por aquellos mismos que tenían la consigna de defenderlo e interés en promoverlo: los financieros. Y lo han hecho, sin haberlo querido así, por haber trocado sus papeles, por haber especulado con la industria de todos los países; por haber inmovilizado capitales enormes en la producción en masa, llegando a ser, en consecuencia y a pesar suyo, copartícipes de los riesgos de esta producción y asimismo de los reflejos proteccionistas de los productores. Una vez invertidos en las empresas de producción, tanto más vulnerables a la competen-

cia cuanto mayor fuera su maciez, los créditos bancarios só-
lo podrían salvarse gracias al nacionalismo económico.

De este modo la inflación del crédito y la "sobrecapita-
lización" han determinado la guerra aduanera. También es-
ta vez — ¿y cómo no reconocer aquí la implacable lógica de
las cosas?—, mientras el neo-capitalismo movía a las indus-
trias a producir mercaderías en cantidades cada vez mayo-
res, las que serían adquiridas por clientelas más y más nu-
merosas, este mismo capitalismo exigía en cada nación el
cierre de las fronteras como la única medida adoptable para
defender contra la competencia externa sus capitales inver-
tidos en las industrias locales. Ocurría, pues, que al mismo
tiempo que se dividían los mercados, se organizaba la pro-
ducción para mercados ilimitados.

Esta evolución fué brutal en los Estados Unidos. Desde
hace quince años, América ha ido alzando sus tarifas adua-
neras a medida que las industrias han ido pasando bajo el
control de los bancos, absorbiendo los capitales de especula-
ción. Para sostener el alza de Wall-Street, urgía proteger a
cualquier precio los dividendos de las sociedades, justifican-
do así los créditos otorgados por los bancos, sus operaciones
agiotistas y sus corretajes.

Aunque menos visible y con mayor lentitud que en los
Estados Unidos, esta evolución se repitió por doquiera. La
misma Inglaterra, patria del librecambismo, no habría rene-
gado tan fácilmente de la tradición de Cobden, como lo ha
hecho desde hace algunos años, si los capitales y los benefi-
cios de sus bancos no hubieran estado íntimamente unidos,
en nuestros días mucho más que antes de la guerra, a la
suerte de las industrias.

El "librecambismo" de los financieros no podía resistir
en interés de estos mismos financieros, desde el momento en
que éstos se convertían en comanditarios y promotores soli-
darios de empresas cuyo éxito dependía enteramente del pro-
teccionismo.

Este trueque de las posiciones ha acarreado consecuen-
cias no sólo en la distribución de los cambios, sino también

en la actitud del capitalismo en relación con la política. A partir de la guerra, a medida que este capitalismo ha ido invirtiendo mayores capitales en las industrias productivas o en los servicios que exigían la solicitud de los Estados, ha ido oponiendo menor resistencia a la atracción y a las exigencias de la política; ha halagado al nacionalismo político, singularmente avivado por la guerra, para justificar el nacionalismo económico. Ha penetrado por sí mismo en la política o se ha dejado llevar a ella por vías directas o indirectas. Se ha vuelto un asociado a ratos oficial y a menudo oficioso de los Estados, si no de los partidos. En ciertos países como Italia y Alemania se ha transformado en el inspirador apenas encubierto de los movimientos de fuerza.

Mientras el neo-capitalismo gozó de prosperidad, embriagado por la inmediata ganancia y las esperanzas de la especulación, creyó posible dominar la política. Bastante caro la pagaba mediante impuestos, dones y subvenciones para que las ventajas o concesiones que de ella obtenía no le parecieran antes que una protección una compensación muy justa.

Mas, cuando llegó la hora de la expiación, no se presentó ya el capitalismo ante los Estados como un superior o un igual: en aquellos momentos fué un solicitante, y a menudo en actitud de súplica, para obtener los "salvamentos", los "reflotamientos", las "moratorias", los socorros excepcionales y toda la infinita variedad de artificios legales, reglamentarios o administrativos mediante los cuales es posible poner trabas al libre juego de las sanciones económicas y financieras.

La primera consecuencia que acarreó esta actitud de recurrir descabelladamente al arbitraje de los Estados, fué que éstos, al agravar la general incertidumbre con sus medidas improvisadas, dieron cima a la ruptura de los cambios, arruinaron la escasa confianza que aun podía haber e impidieron precisamente el restablecimiento del equilibrio por la compensación natural de los elementos económicos. Ya ante la "crisis", se levantaron a toda prisa compuertas

sin desagües, origen de la indefinida serie de catástrofes. En Alemania, el Estado tomó a su cargo casi la totalidad de la economía nacional. En los Estados Unidos se agotó el crédito público en prolongar la vida de las empresas condenadas.

La segunda consecuencia fué que el neo-capitalismo apareció ante la política no sólo como poco afortunado, sino también como desprovisto de doctrina y sin recursos propios. Hubo un momento en que se llegó a creer que la economía dominaría a la política. En adelante quedaba en manifiesto que la economía apenas lograba dirigirse a sí misma. ¿Quién la dirigiría? Sin duda que la política. Pero ¿quién dirige a ésta?

II— Del estatismo al socialismo

La política de las democracias obedece al número.

La política imperante en el espíritu del mayor número de electores, en nuestros días, es en primer término el problema de la repartición de los bienes. No hay medio de impedir que la parte numéricamente más considerable de electores, compuesta por la masa de ciudadanos cuyos medios de existencia son restringidos cuando no precarios, no sienta la tentación de servirse del poder electoral precisamente para aumentar sus medios de existencia o para asegurarlos. Incumbe a la "élite" encontrar un contrapeso a esta tendencia popular, afirmando para la política, mediante su doctrina y su conducta, una idea superior de sus fines.

Pero si esta "élite" o, más exactamente, la clase que se supone dirige el cuerpo social, profesa por sí misma que su ley es la búsqueda de la ganancia, tanto mayor será la natural propensión de la masa a ejercer el poder electoral de que dispone en el sentido de obtener su parte en las utilidades.

Así, desde la guerra, a pesar de haber mejorado sensiblemente la situación material de las clases pobres, el neo-

capitalismo no ha atenuado en un ápice la presión política ejercida por aquéllas para obtener una repartición más acen-bada de los bienes. El socialismo ha extendido más y más su influencia en las leyes, en el Gobierno y en la adminis-tración de los Estados reputados como capitalistas. Si el so-cialismo doctrinario no alcanzó éxito aparente en América, fué porque la multitud vivía allí en la ilusión de que par-ticipaba ya de los beneficios de la especulación capitalista.

La vieja reivindicación de la repartición de los bienes no es ya aplicable en nuestros días, ni aun concebible en su forma primitiva, salvo en aquellos países en que la tierra si-gue siendo todavía el codiciado bien. La economía contempo-ránea reposa en una concepción dinámica de la riqueza, con-cretada en el crédito, en los instrumentos de producción o de trabajo y en los medios de cambio. Un banco no podría ser repartido, como tampoco un ferrocarril o un telar de hilados. Sólo es posible repartir las utilidades del crédito, de los ins-trumentos de producción o de los medios de cambio, con tal de que esta repartición no les impida funcionar.

Esta repartición de los bienes se hace, con provecho para el Estado, mediante la tasación de los productos de la acti-vidad general o la participación directa de éste en la gestión de las empresas y en sus utilidades. La renta total que de este modo obtiene el Estado la distribuye él en seguida de acuerdo con las necesidades de su política. Política que de-pende, según lo dijimos, en un amplio margen, de las exi-gencias del número más considerable de electores. La acción del socialismo se facilita, pues, en proporción con el desarro-llo del estatismo, ya que en cuanto un Estado logra afirmar su influencia en la actividad general, basta excitar las soli-citaciones electorales para que este Estado, constreñido a res-ponder a ellas, aumente la recaudación de sus rentas, que luego ha de distribuir...

Este mecanismo encontró resistencias, antes de la guerra, por la preponderancia que tenía en la sociedad el capitalismo de ahorro. El ahorro resistía a las exigencias de la demago-gia con mayor energía que el capital de especulación. El

ahorro representa una serie de esfuerzos continuos, de cálculos penosamente efectuados, de privaciones y de previsiones a largo plazo: es, pues, natural que trate en toda ocasión de consolidarse y rehuya instintivamente todo lo que pueda comprometer su porvenir y amenace su independencia. Es económico, conservador y poco confiado en sus relaciones con el Estado. La especulación, en cambio, opera con las posibilidades de ganancias rápidas e ilimitadas: poco le importa pagar un elevado tributo si éste ha de permitirle ganar más o con mayor prontitud. Es, pues, indulgente con el gasto extremado, generosa con los solicitantes y siempre pronta a comprometerse ante las exigencias del Estado o las reivindicaciones demagógicas.

Esto explica por qué desde la guerra, a medida que el espíritu de especulación se ha ido apoderando de los hombres de negocios, el neo-capitalismo y el socialismo se han ido tolerando mutuamente y con creciente complacencia, pese a las aparentes polémicas. De ello ha resultado un manifiesto debilitamiento en la posición de principios de ambos adversarios frente a la opinión, tanto en lo que se refiere al orden político como a las reglas de gestión económica.

Mientras el neo-capitalismo se sintió próspero y fuerte no puso jamás en duda que la noción de relatividad, introducida así en la filosofía social, acabaría por arruinar definitivamente al socialismo. No preveía que el día en que él mismo hubiera de sufrir una crisis y pidiera ayuda a los Estados, habría de aparecer marcado por aquel idéntico prejuicio de relatividad doctrinal e histórica, no sólo ante la mirada de las multitudes o de los políticos sino también de un considerable número de intelectuales.

Si alguien duda de lo dicho respecto al relativo debilitamiento de las posiciones antagonistas, que observe sólo cómo desde hace unos quince años el capitalismo y el socialismo se han venido procurando mutuamente programas, procedimientos y medios, casi en la totalidad de los Estados civilizados, temperamento que ha sido sancionado en repetidas ocasiones por alianzas políticas más o menos efímeras o más o

menos confesadas, pese a la oposición de una doctrina que presume de absoluta.

En Alemania ha ocurrido de una manera constante hasta estos últimos años que el capitalismo y el socialismo han vivido tan estrechamente unidos que se habría dicho que un mismo espíritu inspiraba sus designios y los mismos reflejos sus iniciativas asociadas. Capitalistas y socialistas alemanes se ponían de acuerdo en los periodos de actividad económica tanto respecto a los métodos como a los fines de la organización industrial. En los periodos difíciles era de ver cuál de ambos solicitaba con mayor prontitud la intervención del Estado. De este modo se dió el caso de que los socialistas alemanes obtuvieron de la Internacional una campaña en el extranjero en pro del otorgamiento de créditos a las finanzas germánicas en bancarrota.

En Inglaterra, la constitución de un gabinete colaboracionista de conservadores, liberales y laboristas, bajo la presidencia del propio jefe de este último partido, Ramsay Mac Donald, tomó su verdadera significación en el hecho de que este gabinete debía proponerse ante todo la regulación de la moneda, de las finanzas y de la economía nacional de acuerdo con las determinaciones de los industriales británicos y de los banqueros de la City.

Los países escandinavos fueron testigos de una serie de compromisos que pusieron al socialismo más puro y aun a un socialismo de tendencias comunistas — en Noruega — en situación de colaborar a la vez con el capitalismo y con la monarquía.

Por lo que hace al fascismo italiano, que pronto debía ser imitado por el movimiento hitlerista, toda su originalidad consistió en salvar cierto orden capitalista haciéndole absorber la revolución socialista. Operación más que otra alguna arriesgada, pero que alcanzó éxito gracias a la flexibilidad del temperamento italiano y al genio personal de un hombre, Mussolini, antiguo líder de los socialistas.

Respecto a los mismos soviets, todo el mundo sabe que ni sus "planes" ni empresas de renovación económica habrían

podido ser concebidos y aun menos ejecutados sin los créditos norteamericanos, alemanes o ingleses, los que hicieron posible que la industria capitalista proveyera a los más enconados enemigos del capitalismo...

III.—*Hacia las dictaduras*

Cuando se produjo el *krach*, y el neo-capitalismo en su afán de aminorar sus pérdidas buscó amparo al abrigo de los Estados, los mismos prejuicios que él había favorecido o tolerado en las clases gobernantes le brindaron acogida: el nacionalismo y el socialismo.

Mas sucedió que ni uno ni otro podían aportarle una ayuda eficaz. Sólo podían imponerle una humillante tutela. Lejos de atenuar el desorden de que era víctima, la intervención de éstos, libre ya de contrapeso, debía agregar nuevas causas de desequilibrio o de ruptura, causas éstas de orden político o psicológico, a las causas de orden propiamente económico que habían determinado la ruina de los mercados.

El gran problema de este siglo, en lo material, es que la evolución de la riqueza colectiva depende de fenómenos de orden universal, mientras los reflejos políticos y sociales que se refieren a estos mismos fenómenos nacen en prejuicios e intereses locales. El ritmo de la economía contemporánea, sus encadenamientos y repercusiones, pasan las fronteras y exceden en mucho a las posiciones de clase; pero la reacción de los conglomerados humanos se hace particularísima en cada nación y en cada clase.

Al abdicar su función universal, el neo-capitalismo, desarzonado ya por el fracaso de sus ambiciones, entregó el destino de la civilización a las fuerzas antieconómicas, cuyo principio, antagónico al suyo, consistía en oponer a las naciones, por una parte, y por otra, a las categorías sociales.

De esta situación arranca una consecuencia material: la desorganización de los cambios, cada vez mayor y más profunda; y una consecuencia moral: la creciente desconfianza

de los hombres y de los pueblos por lo que se refiere a instrumentos o valores de la economía desorganizada.

Ni el socialismo ni el nacionalismo poseen las necesarias condiciones para crear o restaurar la riqueza, porque ambos sacrifican los cambios a una ideología sentimental o pasional. Es posible divinizar la nación o promover la lucha de clases con la mejor fe del mundo. Pero no es posible aumentar al mismo tiempo las utilidades y el bienestar de la humanidad cuyo desenvolvimiento depende de la compensación armoniosa de los esfuerzos y de la circulación intensa de los productos.

La economía contemporánea está de tal modo constituída que difícilmente podría progresar o siquiera sostenerse en el estrecho marco de las naciones que permanecieran cerradas, ni en las categorías sociales que se mantuvieran divididas. Desarticulada por las oposiciones nacionales o sociales, la economía entra en decadencia y con ella, ineluctablemente, el bienestar general.

Fácil es explicar esta decadencia.

La suma de los cambios y de las actividades que representa en el mundo la suma de los medios de existencia de los hombres no está constituída únicamente por la adición de los recursos nacionales. Comprende aquélla una parte harto considerable de riquezas y de empleos cuya existencia no depende de elementos nacionales, sino más propiamente de relaciones de índole internacional. En la medida en que disminuyen las relaciones de nación a nación, desaparecen los medios de existencia que dependen de ellas y entonces es preciso que la pequeña humanidad que vivía directa o indirectamente de esas relaciones también desaparezca o viva a expensas de su respectiva nación. Como los amenazados de este modo reaccionan cada vez con mayor violencia contra la miseria que les embarga, aumenta la impaciencia política y social. Ocurre así que el desorden internacional es germen de los disturbios nacionales.

Al crear el descontento entre los electores, los desórdenes nacionales son sobre todo provechosos para el socialismo,

que en los tiempos difíciles se ofrece a las masas como el enderezador de los entuertos del capitalismo y el supremo distribuidor de la equidad social contra los privilegiados. Mas, precisamente esta invocación a la lucha de clases, resorte pasional que la propaganda socialista no puede dejar de mano, compromete anticipadamente la duración de los éxitos del socialismo. A la ruptura de los cambios internacionales causada por los reflejos del nacionalismo, el socialismo viene a agregar una ruptura de mayor gravedad, la de los cambios nacionales, mediante la desconfianza social que paraliza el espíritu de empresa y detiene el funcionamiento del crédito.

En semejante situación, ya no es cosa de pensar en aumentar los haberes o fomentar el bienestar. Las agrupaciones humanas no tienen ya más preocupación que la de salvar la vida, disputándose los medios de existencia. Luego irrumpe la violencia, que termina por estabilizarse, en provecho del grupo más fuerte o más poderoso, en la arbitrariedad de las dictaduras.

La dictadura puede ser militarista, fascista, sindicalista, socialista o nacionalista. Capitalista, no podría serlo. La dictadura sólo puede instaurarse y mantenerse poniendo la opresión al servicio de una ideología, de una pasión o de una clientela exclusiva. Por el contrario, el capitalismo supone esencialmente la libertad de las iniciativas, de los cambios, del trabajo y de los bienes con el solo límite de las leyes, cuyo objeto es garantizar esta libertad. El principio de someter las relaciones humanas a la presión de prejuicios ideológicos, pasionales o de clan, es de todo punto contrario a la naturaleza misma del capitalismo...

No es necesario observar el mundo actual demasiado tiempo para darse cuenta de que la mayoría de los Estados evolucionan por la concatenación que hemos descrito, aunque en variadas formas, hacia los regímenes de arbitrariedad, opresión y dictadura. El movimiento hitlerista en Alemania es el que más claramente se define a sí mismo, puesto que se llama nacional-socialista.

IV

MORAL

El capitalismo, decimos... Pero ¿quien preside al capitalismo, lo dirige o simplemente lo representa? ¿Quién decide su actitud, quién piensa siquiera en darle una actitud, una previsión y una responsabilidad generales? ¿Quién es su *jefe* y, sobre todo, su conciencia?

Nadie responde a estas preguntas. El capitalismo de la hora actual es un estado de civilización o mejor dicho una concatenación de factores económicos y de reflejos sociales cuyo control no está en manos de nadie, hombre, grupo social o Estado.

El capitalismo procede de una exaltación individual del apetito de lucro, asociada a la esperanza de ganar cada vez más, gracias al progreso de los descubrimientos, de las máquinas, de los cambios y del crédito. Sus motivos son individuales, sus manifestaciones colectivas, y universales sus consecuencias.

En el punto de partida hay una responsabilidad individual ante las leyes civiles o políticas, que son de índole local. A la llegada está la dicha o la desgracia, la fortuna del mundo o la ruina; pero responsabilidad, no hay ninguna, como no hay tampoco una conciencia universal, salvo en el terreno de las abstracciones. En rigor, pueden concebirse una ley y una moral universales, pero siempre en referencia a la conciencia del individuo y no precisamente a una conciencia universal. En política, o más simplemente, en derecho de gentes, estamos lejos de esta ley y de esta moral universales. Con cuánto mayor razón en economía... ¿Quién haría la ley, y en virtud de qué principios morales? ¿Qué conciencia podría

impedir que el viñatero de Australia produjera su vino y lo vendiera, mientras el viñatero de Pezenas lo hiciera con la conciencia perfectamente limpia?

La cuestión no estriba sólo en que escuelas, diarios y clubes traten de corregir el capitalismo. Ante todo, sería necesario situarlo en un marco bien definido y personificarlo en grupos responsables.

Veremos que es aquélla la mayor dificultad que presenta la reforma del capitalismo contemporáneo, dificultad que existía poco o nada en las antiguas formas del capitalismo. También veremos que es la causa profunda del doble movimiento de reacción que fortalece al nacionalismo, por una parte, y por otra, al socialismo.

I —*Falta de previsión general*

Hay quienes querrían eludir el problema negando a la economía todo derecho de dirección en la sociedad y volviendo a afirmar la antigua preponderancia de la ideología política. Lo que no es eludir el problema; al contrario, es encerrarse en él. Pues se trata precisamente de encontrar una política que domine a la economía no sólo en el terreno de lo abstracto, sino en el de los hechos; que la regule en la práctica, sin quebrantarla.

En nuestros días, cualesquiera que sean sus hechos y pretensiones, la política es humilde tributaria de la economía; de una economía desordenada, imprevisora, pero tiránica.

Cada vez que una rama cualquiera de la producción se halla en situación aflictiva, una rama del comercio o de las finanzas, este malestar de orden económico provoca inmediatamente un movimiento de opinión ante el cual la política, bajo la jurisdicción de esta opinión, cede de grado o por fuerza. Supongamos que se halla en juicio el limitado interés de una categoría de ciudadanos, o el interés más vasto de toda una nación; desde el momento en que este interés reviste una forma económica e importa al destino material de los hombres, no hay prejuicio político que pueda oponérsele por mucho tiempo.

Los trastornos monetarios, al constituir una amenaza para el ahorro y el trabajo de los ciudadanos, quebrantan la política interna de los Estados. Idéntica abdicación de la política aparece en todos los casos en que haya presión de origen económico, trátese del trigo, del ganado, del vino, etc. Cuando una región dada se queja del empobrecimiento o de la mala venta de un producto, puede verse a los representantes políticos de aquella región, cualquiera que sea el credo po-

lítico de cada uno de ellos, hacer caso omiso precisamente de sus mismas divergencias políticas para mancomunar los esfuerzos en la búsqueda de una solución o de un remedio. Si así no lo hicieran, recibirían el vituperio del cuerpo de electores.

Vale decir, en consecuencia, que en nuestra época, en lo que respecta a los mismos electores políticos, el interés político debe someterse al interés económico, por muy opuestos que sean estos intereses.

Este hecho de la sujeción de la política a la economía corresponde a un cambio profundo en la propia constitución de las naciones y de los grupos sociales.

Antaño los hombres eran mucho menos numerosos; por lo que hace a sus medios de existencia, dependían también mucho menos los unos de los otros; sus necesidades eran considerablemente menores y sus actividades se unían a vínculos mucho menos complejos y variados. Las sociedades de antaño eran sobre todo rurales: el hombre producía en ella casi exclusivamente por un solo trabajo cuanto necesitaba, tenía apenas conciencia de la solidaridad, indirecta por lo demás, que le unía a su prójimo. Para los hombres de fortuna existía la misma independencia relativa. Las fortunas eran mas o menos autónomas: la evolución de éstas dependía menos de las oportunidades y de las circunstancias colectivas que del esfuerzo, del ahorro, de la habilidad y de la buena gestión de cada particular.

El interés económico tenía entonces un carácter individual, aislado. No podía, pues, ejercer una presión constante en la política; con menor razón podía absorberla. En consecuencia, la política permanecía libre, relativamente desinteresada y dedicada a las ideas. Por ser la expresión de una ideología colectiva que dominaba a los intereses fragmentarios, individuales, débilmente solidarios, esta política poseía y conservaba fácilmente la supremacía.

Hoy asistimos a la transposición de las antiguas dependencias. Los intereses se hacen cada vez más colectivos y solidarios a causa de la creciente densidad, de la especializa-

ción de las actividades humanas y de la interdependencia de los medios de existencia.

Pero mientras los intereses se colectivizan, las ideas, por el contrario, se hacen cada vez más individuales y dispersas. El mismo movimiento que, mediante la difusión de las ciencias aplicadas, ha adocenado a los hombres en torno de la máquina, ha suscitado en cada uno de ellos la presunción de un particular sentido crítico. La ideología política se fragmenta en una multitud de maneras de pensar a medida que cada individuo cree poseer conocimientos suficientes para formarse una opinión personal. La comunidad de las ideas y de las creencias desaparece en el momento mismo en que los intereses se aúnan y sindican.

Por otra parte, respecto a las vicisitudes económicas, el hombre actual está en una situación harto más frágil que el hombre de antaño. No hay duda que su manera de vivir y sus ganancias representan un grado de civilización material considerablemente superior al nivel de antes. Pero este nivel era más estable, en el sentido de que si bien el hombre ganaba menos, sus posibilidades de pérdidas eran también menores; en todo caso, controlaba mejor esas posibilidades, tratárase de su salario, de su renta o de su fortuna. Se observa en el hombre actual una especie de sensibilidad económica doblemente exasperada por el aumento de sus necesidades y por el temor de que un accidente pueda privarle bruscamente de las posibilidades de dar satisfacción a ellas.

Este cambio de las condiciones sociales, que determina progresivamente un cambio semejante en el espíritu del ciudadano, es la razón del ocaso de las ideologías políticas. En todos los países, los partidos tienden a representar exclusivamente las posiciones de los intereses colectivos. Aun los partidos que se jactan de seguir representando ideologías no vacilan en la práctica en sacrificar sus ideologías o, como ellos dicen, sus "principios", a "necesidades" de intereses, en cuanto surge un conflicto entre las posiciones ideológicas y las de los intereses. No hay partido que se allane a privar a sus electores de un trozo de pan, de un vaso de vino o de un franco

de salario por fidelidad al principio. Por lo menos, no hay partido que pudiera resistir por largo tiempo semejante heroísmo. Ningún Gobierno del mundo es capaz de suprimir o rebajar un derecho de aduana que protege el trabajo de un millar de conciudadanos, aun en el caso de que esta medida pueda procurarle en el extranjero una alianza políticamente útil.

Este estado de cosas no constituye sólo una amenaza para la política en el estricto sentido de la palabra, sino para la misma civilización. La verdadera política se distingue esencialmente de la administración por ser la política un sistema de previsión general y la administración una ordenación de los factores cotidianos e inmediatos de la vida, hecho según el orden trazado por la política. Ocurre, ahora, que la suma de las previsiones mercantiles y de los cálculos particulares no alcanza a crear una previsión general. Esta falta de previsión general es el defecto más aparente en la conducta de los Estados contemporáneos.

Para poner un remedio al mal, conviene que la ideología política vuelva a tomar la dirección de las preocupaciones colectivas en vez de dejarse extraviar continuamente por esas preocupaciones. Tal enderezamiento exige primeramente que la ideología política conozca las condiciones de la economía moderna y adapte sus preocupaciones a ellas.

Por otra parte, es de toda necesidad que se forme una *élite* preocupada de defender, no sólo fuera de la economía sino en ella misma, aquella parte de emancipación sin la cual no cabe concebir un plan de conjunto ni una preocupación elevada por el bien de la humanidad.

II.—Desacuerdo de la política y de la economía

La imprevisión de los Estados, su pasividad ante la ordenada presión de los intereses particulares y la impotencia que demuestran los partidos y gobernantes para renovar su ideologías de acuerdo con las realidades económicas del mar

do actual, provienen en gran parte de que el marco de la política ha dejado de corresponder desde hace largo tiempo al marco de la economía moderna.

La política se halla aprisionada en el mercado de la nación, dentro del cual se agitan las rivalidades de región a región, de corporación a corporación o de clase a clase. Traduce y defiende el equilibrio de las fuerzas localizadas, como si estas fuerzas fuesen independientes del resto del mundo. Mas, por el contrario, la economía actual está sujeta a las variaciones de un equilibrio de carácter universal. El precio del trigo en Beause está determinado, a través de todas las barreras aduaneras y a despecho de ellas, por el estado de las cosechas del Oeste del Canadá o de la Argentina, de idéntico modo que una disminución de los salarios en Japón puede arruinar las manufacturas de algodón del Lancashire. Hay puertos que de la noche a la mañana pierden la mitad de su tráfico: los barcos que venían en busca de carbón adoptan un nuevo combustible...

La política nacional se agota así en reparar tardíamente los estragos locales causados sin cesar por fenómenos universales que los políticos no han previsto y que muy a menudo apenas si los comprenden después de ocurridos.

Los Estados ni siquiera son ya capaces de proteger el nervio de sus existencias particulares, sus presupuestos, contra las variaciones de la economía universal. Casi en todos los países se ha comprobado, desde la guerra, un flagrante e ininterrumpido retraso en la evolución de sus presupuestos en relación con la evolución de los factores económicos. Aquí, retraso viene a significar no sólo dependencia, sino también sujeción ciega.

Este hecho es la causa profunda del desorden financiero y monetario que afecta en forma crónica a las grandes y pequeñas naciones, en nuestra época.

La mayoría de los Estados extrae sus rentas, en nuestros días, de impuestos proporcionales al volumen de los tráficos, al valor de los cambios, a la importancia de las utilidades, salarios o rentas. Vale decir que el movimiento de las

entradas fiscales, con todo el retraso que significan ya el asiento, la declaración, el control y la percepción de los impuestos, es un registro de la actividad económica. Ambos movimientos obedecen a los mismos factores variables.

Ocurre, ahora, que la variación económica de las entradas está en conflicto con la arbitrariedad de la política o las necesidades nacionales que exigen gastos constantes, cuando no crecientes. ¿Quién vencerá en este conflicto?

La política aparenta resistir y pretende imponer su ley a la economía. Los parlamentos tienden a aumentar los gastos. Para dar mayor realce a su desdén por la economía, fijan las necesidades de gastos antes de examinar las tasas de entradas. Descartan toda proporcionalidad preconcebida entre los gastos exigidos y las posibilidades económicas. Los partidos políticos y sus clientelas proclaman la rigidez de los gastos una vez admitidos.

Para decir verdad, los Consejos de la Administración hacen un llamado de prudencia a los políticos; está aquélla encargada de presentar un proyecto de presupuesto en equilibrio teórico. ¿Pero cuál es en definitiva el valor de las previsiones de la Administración? La palabra "previsión" está empleada aquí en un contrasentido, puesto que en lo que hace a los gastos, se parte del hecho establecido, y respecto a las entradas se hace referencia a los rendimientos fiscales del pasado. No hay duda que esta referencia al pasado puede corregirse de acuerdo con los datos actuales; pero la corrección no es jamás enteramente sincera, porque las necesidades de gasto determinan la tasación de las entradas, ni mucho menos podrá ser exacta, porque esta corrección se interesa sólo por lo inmediato, despreocupándose en absoluto del porvenir.

Los movimientos discordantes de las entradas efectivas de los gastos comprometidos y de las previsiones presupuestarias acarreaban mucho menos inconvenientes antes de la guerra que en nuestros días. Antes de la guerra el ritmo económico era lento y más o menos regular. Los movimientos tenían el tiempo suficiente para alcanzarse y reajustar-

se de algún modo. Después de la guerra, el ritmo se ha tornado rápido, atormentado, inestable. Ya los movimientos sólo logran coincidir en breves períodos: constantemente hay desequilibrio o ruptura, exceso de gastos e insuficiencia de entradas, o inversamente (¿no hemos conocido la plétora de entradas del presupuesto de M. Chéron?) bien entendido que el primer caso es el de mayor frecuencia.

De ahí las fases de loca prodigalidad en todos los países, seguidas de períodos de déficit, de préstamos y expedientes, luego de accidentes graves con toda su secuela de cesantía, moratoria, inflación, trastornos políticos o sociales y a veces hasta dictadura... La política puede rebelarse contra la economía, pero ésta termina siempre por anonadar a la política.

La política no puede libertarse de los factores económicos. Puede adaptarse a ellos, y en rigor, dirigirlos, pero a condición de que los reconozca o los prevea.

¿Y de qué modo podrá reconocerlos, cómo logrará preverlos, si ante fenómenos de alcance universal toda la instrucción de los políticos se limita a los comités electorales y todas sus preocupaciones a la satisfacción de intereses particulares?

III.— *Los intereses particulares y el interés general*

Los Estados Unidos han tratado de resolver la dificultad solicitando la opinión de los delegados de la producción, del comercio, de las finanzas y del trabajo. Dicho de otro modo, los Estados han organizado algo a modo de una representación de los intereses particulares junto a los de índole general. Se ha pedido que los sindicatos y asociaciones económicas, representantes de los intereses especializados, profesionales o locales, procuren los elementos de un nuevo parlamentarismo, el parlamentarismo económico, parlamentarismo de segunda zona, destinado a ilustrar al parlamentarismo político sin eclipsarlo.

Esta fórmula ha logrado reforzar seriamente la potencia de los intereses económicos en el interior de los Estados. Pero ha fracasado lamentablemente en lo que se refiere a dar a los Estados aquel conocimiento o previsión de los hechos generales y de los movimientos de la economía universal, bajo cuya dependencia se hallan las economías nacionales.

¿Por qué? Porque los intereses particulares, estén éstos aislados o agrupados en asociaciones, sindicatos y consejos, aun en parlamentos, se inspiran por definición en preocupaciones de orden particular. Carecen de competencia y de responsabilidad en lo que atañe al interés general. Sólo abjurando de su naturaleza particular lograrían concebir el interés general. Si tal hicieran, no sólo perderían su verdadera naturaleza, sino conjuntamente el mandato preciso de su especialización y de su egoísmo. Por lo demás, la previsión general, sea la económica u otra cualquiera, escapa al dominio de los intereses particulares. La previsión general postula una actitud de desinterés inmediato y de objetividad intelectual de todo punto contraria a la actitud mercantil.

Es verdad que puede darse el caso de que tal o cual corporación tenga como representantes hombres de amplio espíritu y elevado carácter, como asimismo tal o cual grupo de intereses particulares en las asociaciones, sindicatos o consejos económicos. Algunos de estos hombres han prestado y siguen prestando considerables servicios a la causa pública, sea mediante la influencia que ejercen en el ambiente, sea mediante sus consejos a los hombres de gobierno. Pero por muy penetrado que esté un hombre de negocios del bien de todos, desde el momento en que asume el cargo y la responsabilidad de determinada gestión y el mandato preciso de defenderla, no podría substraer su acción a esa gestión ni a ese mandato. No se concibe un banquero que aconsejara al gobierno en sentido contrario a los intereses de los accionistas de su banco, como tampoco a un secretario de un sindicato obrero que traicionara las reivindicaciones de su clase.

Por lo demás, todo representante de una profesión cualquiera es, por definición, especialista. Su previsión se refiere a factores de reducido alcance y a una competencia de índole técnica.

Innumerables han sido los banqueros, comerciantes e industriales que se han arruinado, desde algunos años, por exceso de competencia particular, si cabe decirlo. Conocían las posibilidades inmediatas de un mercado, de una categoría de negocios o de una operación cercana; como estas posibilidades les parecieran favorables se empleaban de lleno en ellas, sin tomar en cuenta la tendencia general, que era contraria. Toda advertencia era vana; estaban compenetrados de su destreza en la especialidad. No hay duda que en lo que atañe a la especialidad habrían estado en lo cierto, si hubiera sido posible aislar a aquélla. Pero olvidaban la influencia de las corrientes universales y la solidaridad de los elementos económicos. Sus cálculos fueron súbitamente barridos por el viento marino.

IV.— *Los peritos*

Por otra parte, los gobiernos y administraciones han recurrido a los peritos estadísticos, economistas de escuela y profesores. Alemania y Estados Unidos sobresalen en el empleo de semejantes recursos.

Recursos preciosos, sin duda alguna, pero que a menudo proyectan más luz sobre el pasado que sobre el presente o el futuro. Los peritos acostumbran a servirse de documentos, índices, estadísticas e informes. Por su propia esencia, los documentos, aun siendo exactos y sinceros, registran siempre una situación adquirida y ya pasada. Ocurre así que a menudo los peritos toman el efecto por la causa, porque los efectos aparecen en las estadísticas, mientras las causas es raro que se hagan discernibles desde el instante mismo en que actúan.

Es posible ser un sabio o un eminente erudito capaz de

formular y de enseñar las leyes permanentes de la buena economía, y no obstante errar enteramente en las previsiones de hecho. En sentido inverso, es también posible haber labrado una considerable fortuna al amparo de determinadas circunstancias favorables y aparecer con ello como un hombre de negocios realmente genial, y esto no obstante, encontrarse arruinado de la noche a la mañana por un súbito cambio de las circunstancias y por no haber previsto a tiempo los signos de este cambio...

Damos aquí con una de las causas esenciales de la falta de previsión de la civilización mecánica.

Jamás civilización alguna se vió dominada por el interés en mayor grado que la nuestra. Jamás dependieron los hombres de un modo tan constante, tanto en sus reflejos privados como en sus actividades colectivas, del deseo de ganar o del temor de perder dinero. Jamás tampoco los pueblos se hallaron solidarios en tan alto grado, no sólo en lo que atañe a la existencia material, sino a toda su política, de las vicisitudes de una actividad que en realidad sólo tiene sentido universal bajo el aspecto de los "negocios". Dicho brevemente, nunca sufrió la sociedad humana de un modo tan intenso la presión general de las buenas o malas oportunidades económicas y financieras.

Ahora bien, la inteligencia humana se ha revelado inhábil y por así decirlo, no adaptada aun para prever, comprender, dirigir el desarrollo de la civilización mecánica que hemos creado de pies a cabeza y de la cual la mayoría de nosotros aun espera la recompensa por el esfuerzo empleado.

No hay dominio tangible gobernado en su conjunto con menos seguridad y pericia por el hombre, trátese del individuo o de las colectividades, que el dominio de su fortuna material. No hay hábito más difícil de crear en el cerebro humano que el de razonar sobre el bienestar de cada cual en función del equilibrio general de los fenómenos económicos y financieros. Hasta los Estados, órganos de previsión colectiva, dan muestras en este campo de una especie de predestinación al error y a la ceguera.

De este modo, las facultades humanas ofrecen un extraordinario contraste cuando se trata de inventar o de producir con la debilidad que evidencian desde el momento en que se trata de prever las consecuencias generales, aun las más ínfimas, de una determinada orientación de sus iniciativas técnicas.

El progreso técnico y los medios de incrementar y de perfeccionar la industria no han dejado de avanzar, y no hay duda que seguirán haciéndolo, según los cálculos y el esfuerzo humanos. Pero en la previsión práctica de las crisis industriales, en el método adoptable para corregirlas o evitarlas, la humanidad aparece hoy día tan impotente, tan ignorante como en las épocas de civilización patriarcal.

Con todo derecho podría decir el ingeniero a la colectividad: "Mis máquinas trabajan, mis puentes son sólidos, mis cálculos se verifican en sus más ínfimos detalles en el rendimiento de los instrumentos que invento y en las usinas que construyo. Mediante la ciencia, mañana haré lo mismo, si así lo deseáis, y lo haré con idéntica certidumbre en el resultado técnico que habré calculado y deseado... Pero vosotros, hermanos míos, ¿qué hacéis, pues; vosotros, que sois tan manifiestamente incapaces de armonizar la previsión política, económica y financiera, con los cambios que provoca la sola continuidad de mis esfuerzos técnicos?"

Singular espectáculo: ocurrió que en los países en los cuales la inventiva y éxito técnico exaltaron en el más alto grado la imaginación humana, Estados Unidos y Alemania, se cometieron los más constantes errores de dirección económica y técnica. Fué en los Estados Unidos y en Alemania, tierras de expansión del maquinismo, del taylorismo, de la standarización, de la racionalización, donde hubo menos previsión general respecto a las condiciones durables de la prosperidad. Y si se les considera debidamente, se ve que, ante la crisis que azota al mundo, ambos son los pueblos más embarazados y más lentos en tornar al equilibrio.

Sin embargo, los norteamericanos son aficionados a las estadísticas, y los alemanes tal vez en mayor grado. No ha-

bía empresa de proporciones en EE. UU. o Alemania que no pagara los servicios de una oficina de observación económica, encargada de registrar con escrupulosa precisión los más insignificantes movimientos del comercio mundial. Parecía que desde estos observatorios pudiera regularse hora por hora el ritmo de las máquinas en las pulsaciones del mercado. Habríase dicho que hasta la previsión, en el sentido más común de la palabra, se hacía superflua, por el ajustamiento continuo del catálogo al hecho.

Pese a todo esto, y a despecho de tantas oficinas y estadística, el enorme desequilibrio, visible hasta para el ojo más inexperto, el desequilibrio que debía terminar en la crisis universal, escapó durante varios años a la vigilancia de los pueblos y de sus guías. Aun hoy, estos pueblos y estos guías comprenden malamente...

V.— *Abuso de las preocupaciones concretas*

La causa de esto radica en que, debido al abuso de las preocupaciones concretas, del cálculo particular y de las codicias inmediatas, el espíritu humano ha perdido el hábito de la interpretación general. Ni más ni menos que las civilizaciones anteriores, la civilización mecánica no puede eludir el control ejercido desde lo alto de una filosofía y de una poesía. Necesita una intelectualidad advertida, pero desinteresada, que en virtud de su misma emancipación se refiera constantemente en sus testimonios y consejos al interés general. Pues no puede caber en la vida de las sociedades una visión de conjunto, y en consecuencia, una previsión eficaz, fuera de la posición del interés general. Y esta posición no es sinceramente asequible sino para los hombres cuya razón e imaginación no están uncidas a la servidumbre directa de los intereses particulares.

La civilización mecánica está en peligro, por ser cada vez mayor su imprevisión. Y se hace cada vez más imprevisora, porque cada vez es mayor la dificultad que tiene en

definir cuál sea su interés general y, en consecuencia, referirse a él en sus iniciativas o en sus medidas por la propia seguridad.

Trátese de los Estados tomados particularmente o en sus relaciones con otros Estados, trátese de las clases sociales aisladas o en sus relaciones mutuas, el interés general desempeña siempre el papel del ausente cuyas virtudes son extremadamente ensalzadas, pero que a la postre nadie se desvive por conocer personalmente. Antaño los intelectuales le brindaban acogida en el mundo. Pero entre la verdadera intelectualidad y el maquinismo se ha producido un divorcio. Tal vez llegue el día en que este divorcio venga a significar, si no ha terminado antes, la guerra entre ambos a un plazo más o menos breve, o la mutua destrucción. Ya los intelectuales han perdido su autonomía en las tres cuartas partes del universo y el maquinismo se ha desacreditado en el mundo entero.

VI.— *Llamado a los representantes del espíritu*

La política, inspirada en preocupaciones inmediatas y locales en el limitado marco de un Estado, la política, representada además por hombres a quienes la elección popular priva necesariamente de todo desinterés intelectual, la política, en fin, no puede aprehender los fenómenos de la economía universal, prever la evolución general de estos fenómenos y sus repercusiones, ni aun menos dirigirla.

Y no pudiéndolo, ¿qué hace? Trata sin cesar de ajustar la economía al reducido marco de cada Estado. La fracciona en economías nacionales y en rivalidades de clase, creyendo de este modo reducirla a una medida que permita a los políticos comprenderla, controlarla y dirigirla.

Este fraccionamiento es acusado de ser una forma de la anarquía llamada capitalista. En realidad, semejante situación pone al capitalismo más que en actitud culpable en actitud de víctima de la estrechez de la política, que le im-

pude funcionar de acuerdo con las leyes de su equilibrio, de índole universal.

Entonces intervienen los representantes de los intereses particulares. ¿Qué se proponen hacer? Si sus particulares intereses se ven amenazados por la competencia universal, presionarán a los Estados hacia un particularismo económico cada vez más hermético: los supuestos capitalistas echarán mano de los prejuicios y de la estrechez de la política para combatir la ley elemental del capitalismo, o sea, la competencia. De este modo rendirán vasallaje al estatismo y luego al socialismo...

Por el contrario, si en esta competencia universal sus intereses particulares son los más fuertes, maniobrarán en el terreno internacional fuera del control de la política o corrompiendo este control, sin más regla que la especulación inmediata o la utilidad directa... ¿Desórdenes del capitalismo? No, desorden de los intereses particulares.

Queda por considerar la *élite* intelectual. En todas las épocas, los representantes de la inteligencia son los principales responsables del porvenir social. ¿Pero acaso se dan hoy cuenta de ello? La mayoría abdica ante la política y el dinero o emigra hacia la crítica negativa.

Sin embargo, no hay sociedad o humanidad que haya podido vivir por largo tiempo sin saber por qué vivía y cómo debía hacerlo, es decir, sin filosofía y sin moral.

Hoy existen filosofías y existen morales. Pero ninguna de ellas se adapta al capitalismo. Urge, pues, dotar al capitalismo de una filosofía y de una moral. ¿Quién lo hará, si no los representantes del espíritu? ¿Y cómo han de hacerlo si han empezado por emigrar de la sociedad capitalista o por abdicar ante sus fuerzas brutas?

Un gran hecho falsea hoy la civilización humana entera: el estado social depende de la marcha del capitalismo al mismo tiempo que las nociones intelectuales y morales que aun subsisten y que provienen de las antiguas sociedades no tienen ninguna influencia en aquél.

O se deja que el capitalismo muera víctima de su propio desorden, a riesgo de que millones de seres condenados al hambre se destruyan mutuamente en guerras y revoluciones; o bien, es necesario considerar al capitalismo como una nueva sociedad, a la cual los representantes del espíritu están obligados a dotar de una inteligencia y de una moral con sanciones.

Reforma del capitalismo: ¿qué se desea expresar con aquello? Ni al comerciante ni al banquero incumbe más de lo que puede incumbir al campesino, definir la *razón* y la *virtud* de esta reforma. Aquél practica la *razón* y la *virtud* si se las enseñan. Pero queda todavía por enseñarle una virtud y una razón que convengan a su estado, no sólo a su estado individual sino al estado social que le da vida.

El capitalismo sufre una espantosa crisis cuyo origen ha de hallarse en la imprevisión intelectual y en la flaqueza moral de los individuos o de los conglomerados ocupados sólo de embolsar la ganancia al azar de las situaciones, como quien lanza fogonazos en una batida. ¿A quién culpar? ¿Al capitalismo o a los que, desdeñando la civilización en que viven, no han tratado de darle una inteligencia superior ni una norma general en su conducta?

Procesar al capitalismo es procesar a los educadores del mundo actual.

V

UNA EDUCACION FRUSTRADA

Problema del capitalismo, problema moral, o mejor dicho, problema educacional.

La civilización indu trial ha caído en el trance en que la vemos debido a dos faltas profundas: una falta de previsión general respecto a fenómenos de que ella misma era causa; y una falta de filosofía o de ley intelectual en lo que atañe al objetivo permanente de sus actividades. Estas dos faltas nos han arrastrado a un desorden universal. No podía ser de otro modo.

Vivimos en una época en que el hombre aprende algo nuevo cada día. Pero a medida que el hombre enriquece su inteligencia, compromete en cierto modo el equilibrio de ésta, porque a la vez descuida afianzar debidamente las bases de su pensamiento o las debilita con deliberado propósito. Como si se agregara nuevo peso a una casa de muros inestables...

Dos sistemas de educación capitalista se oponen hoy.

Uno de ellos enseña a la juventud los conocimientos y medios necesarios para ganarse la vida en un determinado oficio. Desde hace unos veinte años, se ha agregado a esta educación utilitaria toda clase de ejercicios físicos, o deportes, como se les llama, mediante los cuales se pretende fortalecer el cuerpo y el carácter para la lucha. Sea dicho de paso y con la debida reverencia que merecen los deportes, no parece que el estado de salud y el vigor moral de las nuevas generaciones sean superiores a las cualidades de sus antepasados.

¿Soportarían nuestros campeones de las universidades norteamericanas todo lo que han debido soportar los *pioneers* de antaño? ¿Demostrarán la tenacidad y la audacia de un Rockefeller cuando se trate de hacer fortuna? Sería ocioso in-

sistir... Para decirlo de una vez, este primer sistema de educación, al cual se someten las ocho décimas partes de la juventud contemporánea, en todo el mundo, tiende exclusivamente al éxito material, en el marco de una profesión o al azar de las circunstancias: se trata ante todo de saber ganar dinero.

Una educación prodigada de este modo no contiene en el hecho ningún principio de alcance general, es decir, ninguna filosofía. Sólo inicia al alumno en los engranajes externos de la actividad en que debe hacer fortuna. Le prepara para conducir máquinas, para formular estatutos de sociedades, para calcular dividendos, pero en modo alguno, para reflexionar en las condiciones de la prosperidad de que ha de depender su destino. Se le sujeta, pues, a una rueda sin que él sepa el cómo ni el por qué de su movimiento. Será un registro bueno o malo de movimientos que ni siquiera pensará en prever. Pues la previsión sólo podría provenirle de una experiencia y de una sabiduría demasiado desinteresadas para hallar cabida en un programa de utilidad inmediata.

A decir verdad, esta educación dirigida enteramente hacia el provecho, hacia el *make money* de los anglo sajones, descarta hasta la preocupación de comprender las leyes permanentes que rigen los azares del lucro particular. Se manifiesta antiintelectual no sólo ante los viejos problemas del destino del hombre, sino también ante los problemas del destino de la utilidad y de la riqueza. De este modo forma individualidades que debido al exceso de competencia especial han de ser algún día víctimas de la falta de una previsión general.

Esta educación utilitaria desprovista de desinterés y filosofía, trátese de una educación técnica, mercantil o comercial, es responsable en parte del fracaso de la civilización neocapitalista de la cual se declara humilde sierva...

El otro sistema de educación, que sólo subsiste en los pueblos en que aún predomina la tradición clásica, se funda, al contrario, en el principio de una cultura desinteresada, si no abstracta, que desprecia e ignora la ganancia. Educación altamente intelectual, pero que a fin de amparar mejor la inteligencia, la priva de su objetivo real.

La educación llamada clásica, aislada en la contemplación de modelos que no responden a nada actual y en la búsqueda de un ideal que ya no puede realizarse en nuestra época, no es menos responsable de los males actuales. Y es doblemente responsable: responsable en primer término de la inexperiencia de las clases cultas frente a un mundo que se manifiesta tanto más cruel hacia ellas cuanto mayor es la temeridad con que lo afrontan; responsable, luego, de la emigración de los intelectuales de la civilización activa y, en consecuencia, de la ausencia de previsión verdaderamente intelectual en la conducta del neo-capitalismo.

¿No es, por ejemplo, un hecho revelador que la mayor parte de los hombres de Estado de educación clásica, que tomaron parte en las negociaciones internacionales y en la resolución de los problemas nacionales se hayan manifestado ineptos, cuando no lo han declarado ellos mismos, para comprender los grandes problemas económicos o financieros de la época?

Una educación orientada hacia el lucro y las ambiciones materiales, pero desprovista de toda previsión filosófica concerniente a las condiciones de equilibrio o de duración de la sociedad llamada capitalista, e igualmente desprovista de una salvaguardia intelectual; otra educación orientada por el contrario hacia la rutina clásica y hacia la intelectualidad retrospectiva, desdeñosa de los factores actuales y por ello mismo incapaz de asumir una dirección efectiva de las posibilidades del mundo actual. ¿Por qué, pues, asombrarse, en semejantes condiciones, de que el capitalismo haya sido abandonado a su propia suerte?

No es difícil comprobar el fracaso de este doble sistema educativo. Si alguien exige una prueba, hela aquí: casi todos los grandes hombres de negocios de los últimos treinta años fueron gente de origen harto modesto y que no habían recibido ninguna de estas dos educaciones. ¿De qué sirven los educadores que sólo enseñan a perseguir el beneficio, o los que por el contrario, enseñan a razonar mediante ejemplos ya caducos? Para triunfar en una lucha así dispuesta, vale más, en consecuencia, no haberse atiborrado el espíritu con

vanos formalismos. Más que en las universidades, ¿la mejor escuela del éxito no está acaso en los bazares del Oriente, donde es posible aprender rápidamente las mil formas en que puede adquirirse o venderse un tapiz?

Frente a éstas se alza la educación marxista. Pero hoy se la desplaza en todas partes. Más que su boga inmediata, es su porvenir el que parece inexorablemente condenado por culpa de sus propias profecías.

La fuerza radical del marxismo estribaba en su inspiración en cierto modo mesiánica.

Cualquier doctrina o prédica que preconice la revuelta es capaz de inducir a los descontentos y a los desgraciados a una aventura más o menos efímera. De igual modo, cualquier esfuerzo de propaganda y de organización política perseguido tenazmente puede reunir numerosos adherentes al servicio de un partido cuya fortuna variará según las ocasiones. Pero el marxismo ha hecho algo más: desde largo tiempo ha creado lo que se llama una mística, una fe en el advenimiento de la sociedad perfecta, algo a modo de una ardiente filosofía, aparentemente razonada, de la evolución humana, gracias a lo cual logró formar no sólo un partido internacional, sino una verdadera escuela intelectual que tuvo en cada pueblo sus maestros y discípulos.

Más que otra cosa, este aspecto intelectual del marxismo aseguró su prestigio y difusión. El marxismo ejercía una atracción particular, una atracción mesiánica. Entendamos que el espíritu mesiánico promete la reforma del mundo y el advenimiento de la dicha en función de determinadas profecías. Coloca a los hombres en una posición desde la cual sus esperanzas en un progreso y en un cambio, y llegado el caso, sus instintos de rebelión, encuentran justificación en la certidumbre de que ciertos acontecimientos anunciados o no en el nombre de una fe, deben confirmar ineluctablemente las promesas de los profetas y videntes.

Mas ocurre ahora que las profecías del marxismo han sido irremediablemente desmentidas. La educación que el marxismo ha dado a sus adherentes no les permite ya comprender los acontecimientos, adaptarse a ellos o resistirlos. Las fuerzas económicas y sociales en las cuales el marxismo había buscado pruebas para su doctrina escapan hoy a sus previsiones y producen una evolución contraria a la que él había profetizado.

El marxismo había hecho profecías tanto para lo material como para lo moral. En ambos terrenos ha recibido un brutal desmentido.

En el dominio material había profetizado que el capitalismo daría en la concentración cada vez más gigantesca de las empresas, en la abolición de las fronteras y en la constitución definitiva de dos clases internacionales, los patrones y los obreros, cuya lucha terminaría con el triunfo del colectivismo mundial. Pero ahora ocurre que el capitalismo evoluciona hoy día en el sentido de las economías fragmentadas y de los mercados herméticos. Más que los mismos patrones, los obreros defienden sus salarios y trabajo contra la competencia extranjera. En todos los Estados, en todos los países, los obreros piden amparo contra los ataques del exterior. De este modo, para conservar sus electores, el socialismo se ha visto obligado a exagerar el nacionalismo.

En el dominio moral, el marxismo había profetizado que, poco a poco, los hombres no tendrían ya más que esta pasión: la del bienestar, el confort y la ciencia utilitaria. Al generalizar el hábito de ganar y de gastar muy fácilmente, el capitalismo debía preparar el terreno al adocenamiento de las multitudes en los cuarteles de una Providencia-Internacional, en los que ya nadie tendría que inquietarse por el día siguiente... Mas todos los movimientos de masas de estos últimos tiempos prueban, por el contrario, un renacimiento de las pasiones sentimentales: nacionalismo, fascismo, hitlerismo, antisemitismo, monroísmo, etc.

Multitudes y burguesías vuelven a las pasiones sentimentales. Sus educadores las orientaron hacia el cálculo práctico o hacia la razón pura. Pero ellas no obedecen ya en sus reflejos ni a las lecciones de la educación utilitaria, ni a las del clasismo. Obedecen a inclinaciones de amor o de odio, de simpatía, de entusiasmo o de desprecio. Siguen, pues, tras los mitos. Ofrecen el gobierno a quien exalte su imaginación y no a quien sirva sus verdaderos intereses o levante su espíritu.

¿Qué decir de aquello, sino que, inconsciente o conscientemente, estas multitudes y burguesías sienten la insuficiencia de las enseñanzas demasiado prosaicas o demasiado artificiales que han recibido, y que ahora reaccionan contra ellas, creándose ellas mismas algo a modo de un motivo de desquite sentimental?

Sin duda es fácil explicar la flamante inclinación de los pueblos hacia un romanticismo político como reflejo de defensa material o social y mediante el descrédito de los negociados de los viejos partidos.

Mas ¿cómo creer que las masas que aclaman al fascismo o al hitlerismo traducen en su entusiasta adhesión un frío cálculo de previsión? ¿Y cómo creer sobre todo que el espíritu de sacrificio y de disciplina que, extendido en las diversas milicias, ha hecho triunfar una violenta voluntad de renovación, propagándose a todos los países, cómo creer que este espíritu responda únicamente a una ambición de bienestar y de confort?

Por lo demás, cualesquiera que sean las reflexiones que nos merezca la difusión de las modas fascistas en la juventud de nuestra época, ¿cabe dudar de que éstas sean una reacción más o menos improvisada del idealismo sentimental contra una educación que se hizo demasiado utilitaria o demasiado crítica?

En todo caso es digno de notar que ninguno de estos movimientos juveniles o de renovación invoque como patronos al capitalismo o al liberalismo, ni siquiera piense en promoverlos, sostenerlos, ni menos en disculparlos... Por muy desacreditado que esté el socialismo en la mayor parte de las naciones, se reniega menos de él que del capitalismo.

¿No es ésta una prueba de que la educación capitalista, pese al costo de sus escuelas, no ha logrado dar a sus discípulos una certidumbre intelectual ni una convicción moral?

A fuerza de enseñar a la juventud a no preocuparse más que por los cálculos prácticos o a dudar de todo, se ha hecho renacer en ella el gusto por las afirmaciones sumarias y por las disciplinas violentas.

Si el socialismo parece ser algo menos renegado por los jóvenes que el capitalismo o el liberalismo, es porque el socialismo se presenta todavía a una fracción de la juventud popular, ya que no de la burguesa, como una fórmula de oposición ideal y dogmática más que de política utilitaria. En nuestro mundo saturado de cálculos prácticos y de razones negativas, el socialismo mantiene cierto prestigio en los jóvenes espíritus, porque sus principios siguen teniendo la apariencia de dogmas. Por lo que hace al comunismo, toda la fuerza de su propaganda estriba precisamente en su carácter autoritario y dogmático. Si hubiera de referirse a argumentos de utilidad inmediata o de razón crítica, perdería al punto su prestigio.

Falta de una certidumbre intelectual y de una convicción moral, vemos, pues, que la juventud refluye espontáneamente hacia dogmas por demás incoherentes. Todos los nuevos movimientos de la política contemporánea se inspiran así en dogmas simplistas, que se refieren a la nación, a la raza, a la guerra, a la paz, etc.

Si en aquellos países que hasta aquí han rechazado las fórmulas fascistas, nacional-socialistas o comunistas — todas estas fórmulas entrañan una misma reacción contra el dogmatismo político y social—la educación sigue siendo tal como era hace cincuenta años, es decir, utilitaria y crítica, es de temer que tarde o temprano la juventud de aquellos países reaccione a su vez en una aventura de sentimentalismo colectivo.

Una pregunta que deben formularse quienes se inquietan hoy por las conquistas políticas y culturales de la civilización moderna, es saber si hay modo de impedir que la juventud retorne a las inclinaciones brutales y dogmáticas de otro tiempo, introduciendo oportunamente en la educación los principios positivos de que hasta aquí ha venido careciendo: la certidumbre intelectual y la confianza moral en lo que se refiere al porvenir de nuestra civilización.

Y aquí encontramos el problema que domina a todos los otros problemas de nuestro tiempo: ¿de qué modo podrá mantenerse una civilización que carece de toda filosofía constructiva y de moral?

El capitalismo, hijo del liberalismo y padre del socialismo—pues todo aquello tiende a la misma idea de que las sociedades representan fuerzas puramente materiales —ha cometido un fatal error de psicología social. Ha creído que los hombres sólo obedecen al interés y a la razón. Desde hace un siglo, creyó que el equilibrio social, económico y político sería eterno, porque las multitudes humanas comprenderían cada vez mejor la utilidad inmediata que había en no turbar este equilibrio. Por otra parte, pensó también que la duda esparcida metódicamente en todas las cosas, mediante una educación de cultura negativa, llevaría a los hombres a la búsqueda de esas mismas satisfacciones inmediatas y prácticas a las cuales la libre competencia aseguraba el equilibrio deseable.

Pero en el hecho, las inclinaciones sentimentales, en el hombre como en las multitudes, son tanto o más fuertes que las tendencias al cálculo razonado o al provecho material. Estas inclinaciones han encontrado salida en el último cuarto de siglo, en el idealismo democrático, luego en el socialismo y en el internacionalismo. Pero a medida que la democracia, el socialismo y el internacionalismo se plegaban a las exigencias de una sociedad cada vez más utilitarista y negativa, las tendencias sentimentales de la humanidad y en primer término de la juventud, buscaban otras salidas. Hoy día, estas tendencias sentimentales, orientadas en parte hacia el naciona-

lismo y en parte hacia el comunismo, tienden a alterar totalmente el curso de la evolución moderna.

¡Qué singular ilusión haber creído que para que la civilización tuviera asegurada su existencia bastaba con que un traficante de algodón labrara su fortuna o un notario supiera latín!

Más hubiera valido enseñar al comerciante de algodón a ofrecer honrada mercancía y al notario, a respetar él también el derecho que habría de aplicar.

VI

SI EL CAPITALISMO DESAPARECIERA

Para terminar cabe preguntarse de qué modo evolucionarían los grupos humanos si lo que llamamos capitalismo llegara a desaparecer.

El capitalismo se diferencia de la noción de propiedad. Por millares de siglos y antes de que apareciera la civilización que llamamos capitalista fué conocida bajo las formas y los regímenes más diversos.

También se diferencia el capitalismo de la noción de ahorro y aún—las palabras engañan—de la noción de capital. Todo bien no hipotecado, mueble o inmueble, representa un ahorro para su poseedor. Si este bien produce una renta, es un capital. Pero el capital puede permanecer extraño al capitalismo. Fué el caso, hasta antes de la guerra, de casi toda la agricultura campesina y de una gran parte de la industria artesana. Y es también el caso de un cargo de notario, por ejemplo.

Así puede definirse el capitalismo, conforme a su figuración histórica: *el desarrollo de las empresas humanas por la expansión del crédito.* El antiguo capitalismo usaba del crédito. El nuevo abusa de él. Poco importa para la definición el uso o el abuso: en ambos casos se trata de multiplicar el capital mediante el crédito.

El desaparecimiento o la destrucción total del capitalismo significaría, pues, el fin del crédito.

En el hecho, cada vez que el capitalismo se debilita, sea por sus propios errores, por ataques políticos o por acciden-

Capitalismo no es la expansión del cr
esto es natural a la Economía.

tes sociales, el primer fenómeno que se comprueba es la reducción del crédito. Las enfermedades del capitalismo no atacan ni a la propiedad ni al ahorro: son enfermedades del crédito. Cuando la propiedad y el ahorro individuales sufren a su vez un menoscabo, no se trata ya de fenómenos de orden económico, sino de hechos jurídicos.

Pero, a decir verdad, en la civilización actual es punto menos que imposible separar la suerte de la propiedad y del ahorro de la suerte del crédito y por consecuencia, del capitalismo: pues el crédito depende esencialmente de la confianza que puedan tener en el porvenir los propietarios y hombres de ahorro, o sea, los comanditarios.

En este punto el socialismo se labra su propio fracaso por la contradicción de sus principios.

Se declara, sabemos, destructor y sucesor eventual del capitalismo. Al mismo tiempo se proclama defensor de la clase obrera y promotor de la riqueza y del bienestar para todos. Ahora bien, sucede que la clase obrera, de acuerdo con su constitución en el mundo contemporáneo, depende en su existencia y subsistencia de las empresas del capitalismo, las que a su vez dependen de la expansión del crédito. Al atacar la propiedad, el ahorro y el crédito, el socialismo daña a la clase obrera y a la vez se daña a sí mismo.

De aquí que en cuanto el socialismo ejerce el poder de un modo efectivo, determina una crisis del crédito, luego una crisis económica y por fin, una reacción social de la que él mismo es víctima.

El socialismo está unido al capitalismo en forma tal que le es imposible separarse de él, ni darle fin sin perecer él mismo. Por ello, jamás ha aplicado su doctrina en un gobierno durable a banderas desplegadas. El socialismo impregna al capitalismo sin destruirlo, haciéndose absorber, sea por los gobiernos burgueses, sea por las dictaduras.

(capitalistas) falso ¿y la URSS?

¿No es asombroso que la crisis del capitalismo traiga de mano no un progreso, sino al contrario una especie de alteración y en ciertos casos una verdadera ruina del socialismo?

Es que en realidad el socialismo ha sido llevado por sus principios contradictorios a un *impasse* del que no acierta a salir. Pues, por muy paradojal que pueda parecer, el socialismo depende hasta en lo que se refiere a su existencia del alimento que le procura el capitalismo. La miseria del capitalismo determina el retroceso del socialismo. Alemania nos ofrece el ejemplo más notable y reciente de lo dicho. Podrían citarse así otros diez ejemplos.

Al atacar el crédito, que es la verdadera esencia del capitalismo, el socialismo condena a la miseria a sus propias huestes y restringe asimismo el bienestar material, cuya difusión era su preciso objetivo.

Para salir de este *impasse*, el socialismo busca la manera de liberarse del problema del *crédito* o de la *confianza*. Y lo busca a tanteos por los campos de la economía dirigida o de la moneda dirigida. La economía dirigida consiste en poner las empresas, a fuerza de presiones, no ya bajo la dirección del interés privado, sino del orden prescrito: el fin lógico de este procedimiento sería, como en Rusia el trabajo forzado. Respecto a la moneda dirigida, consiste en manipular los mercados, los precios y la repartición de los bienes a gusto de la política, haciendo variar arbitrariamente el valor del signo monetario: el desenlace sería también, como en Rusia, la supresión de la moneda, siendo ésta reemplazada por bonos de subsistencia.

La desaparición completa del capitalismo, es decir, de los libres movimientos del crédito, finalizaría, pues, sea en el trabajo forzado y en el bono de subsistencia, sea en el retorno a las formas de la economía patriarcal que precedieron al advenimiento de la civilización moderna.

FIN.

Si el capitalismo desapareciera,
desaparecería, las crisis, la guerra,
la miseria, el hambre y la esclavitud.
Viva la URSS.

Nicolás

INDICE

Págs.

PROLOGO

I.—Una evolución basada en falso.. 9

II.—El imposible equilibrio.. 29

III.—En actitud de abdicar.. 47

IV.—Moral.. 63

V.—Una educación frustrada.. 81

VI.—Si el capitalismo desapareciera.. 91

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CIRCULANTE

R: ——
buch
330.122
R 7651.e
1934
e 1
AA00768